Ernesto
de
Celano

Vega

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia

TEAT

ANTIGUO ESPAÑOL.

Imprenta de D. F. Grimaud de Vela
calle de la Cabeza, núm. 12.

LOS

REDOS DE CELAURO.

COMEDIA EN TRES ACTOS,

DE

LOPE DE VEGA CARPIO.

MADRID.

ías: de don José Alegria, calle de Carretas, 8;
de Denné, calle de Jardines, 17.
1837.

Los enredos de Eclauro

unna

Suelta adúltera.

Act. II. Sc. XXIII.

721649

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losenredosdecela00vega

PERSONAS.

JERARDO, *padre de*
LUPERCIO, *esposo de*
FULJENCIA, *madre de*
ESTEBAN, *y*
ENRIQUE.
CELAURO, *jentil hombre.*
LEONELA, *su hermana.*
OCTAVIO, *caballero.*
SABINO, RISELO, } *criados de Lupercio.*
ALFREDO, *criado de Celauro.*
FELICIO. BELARDO. SIRENO. PINARDO. ORSINDO. } *pastores y labradores de Jerard*

La Escena es en el Piamonte.

ACTO PRIMERO.

DECORACION DE CALLE.

ESCENA PRIMERA.

JERARDO, y LUPERCIO.

JERARDO.

¡Traidor! ¿con una mujer
tan loca y pobre te casas?

LUPERCIO.

Siempre para bien hacer
tienes las manos escasas,
y largas para ofender.
Padre, el báculo reporta.

JERARDO.

¿Por qué, si me rompe y corta
tu infamia el de mi vejez,
y yo sé bien, que esta vez
volverle espada me importa?
Y no ha estado mas tu vida
que en traer esta cayada,
en vez de la espada, asida
para la mano arrugada,
no para el lado ceñida.

LUPERCIO.

Pluguiera á Dios que lo fuera,
porque menos me afrentara,
cuando la muerte me diera
y esta sangre de mi cara
honradamente saliera.
Soi tu hijo y caballero.

JERARDO.

¿Pues que tiene de grosero
que uno, y otro la derrame?

LUPERCIO.

Porque es la del palo infame,
y honrada la del acero.

JERARDO.

¿Luego las leyes del duelo,
tocan á los padres?

LUPERCIO.

Tocan
á cuantos hoi cubre el cielo.

JERARDO.

Tus locuras me provocan
á honrar de tu sangre el suelo.

LUPERCIO.

Tu ira, señor, contenta,
mas, porque no está á mi cuenta.

JERARDO.

Porque el padre, y el señor,
la justicia y el mayor,
no pueden hacer afrenta.
Antes yo me vengo en ti,
de la que me has hecho á mí,
si un loco puede afrentar:
¿tu te pretendes casar
sin mi gusto?

LUPERCIO.

Escucha.

JERARDO.

Dí.

LUPERCIO.

¿Quién te ha dicho que me caso.

JERARDO.

El pueblo que es voz de Dios.

LUPERCIO.

No es su voz en cualquier caso
ni es pueblo un hombre, ó dos,
ó una calle por quien paso.

JERARDO.

¿Cómo no?

LUPERCIO.

Fruebolo.

JERARDO.

Dí.

LUPERCIO.

Si aquel que me envidia á mí,
lo dice de malicioso,
voz de Dios, y de envidioso,
no puede ser.

JERARDO.

Es asi.
Mas dí ¿ la justicia en Dios,
no es atributo?

LUPERCIO.

Si es,
cristianos somos los dos,
y que esta temais despues,
es ejemplo para vos.

JERARDO.

¿Pues Dios, para castigar,
no suele á veces tomar
los malos por instrumento?
luego es llano el argumento,
justicia se han de llamar.

LUPERCIO.

En cuanto á aquel ministerio.

JERARDO.

Pues aqueste vituperio
de mi honor por tu ocasion,
tiene esta misma razon,
y yo en tí, paterno imperio:
¿pero para qué disputo
contigo, si tengo en ti
poder pleno y absoluto?

LUPERCIO.

¿Qué tienes tu contra mí
si tu mandado ejecuto?

JERARDO.

Mi sangre.

LUPERCIO.

La que has sacado,
por eso no te la pido.

JERARDO.

¿Cómo?

LUPERCIO.

Porque me la has dado.

JERARDO.

¡Ah cordero en el vestido,
y en piel de lobo aforrado!
Dime luego la verdad,
¿quién es aquesta mujer?

LUPERCIO.

Mujer es de calidad.

JERARDO.

¿Luego haste casado?

LUPERCIO.

Ayer.

JERARDO.

¡Hai tan notable maldad!
justicia venga del cielo
sobre tí.

LUPERCIO.

Tente señor,
que no fué en esto mi celo
mas que probar tu rigor:
vesme aqui echado en el suelo.

JERARDO.

¿Qué, no lo has hecho?

LUPERCIO.

Queria:
pero ya que sé tu gusto,
es tu voluntad la mia:
con ella mi gusto ajusto.

JERARDO.

Y yo te enjendro este dia:
hoi has nacido, Lupercio,
hoi con solo obedecer,
mi amor has crecido un tercio:

deja esa vana mujer,
y su lascivo comercio.
Deja, hijo, de mi vida,
el vano amor, y repara,
que has de dejar ofendida
la sangre, y virtud mas clara,
que ha sido vista, ni oida.
Bien sé que es tener pasion;
mozo fuí: pero ya basta
su infame conversacion,
juega, come, viste, gasta,
busca otra nueva pasion.
Haz una gala costosa,
rinde un caballo andaluz
con la espuela rigurosa;
ó con el presto arcabuz
el ciervo ó liebre medrosa.
¿Qué quieres? ¿qué has menester?
¿quiérete cojer cercado
por pobre aquesa mujer?
¿qué debes? ¿qué te han prestado?
¿qué es lo que empeñaste ayer?
No tengas vergüenza, dame
esos brazos, y mi amor
deshaga el amor infame.

LUPERCIO.

Deja que á tus pies, señor,
tu sangre en agua derrame.
No mas perdicion pasada,
tabla nueva soi desde hoi:
escribe en mi

JERARDO,

No me agrada
que seas papel.

LUPERCIO.

Pues soi
piedra en tus manos labrada.

JERARDO.

Esto que ahora te imprimo,

2:

quiero que dure, pues es
mi honor el que solo estimo,
no le venza el interés;
pues á tus gastos me animo.
En esta bolsa contados
van ciento y veinte ducados,
que son, y doce escudos,
dos reales y otros menudos,
por una deuda pagados.
Espera ¿quiéreslo ver?

LUPERCIO.

No señor, no es menester;
que asi tu crédito afrenta.

JERARDO.

Bien se ve, pues no los cuenta
que no los has de volver.
Gasta, huelgate, y pasea,
y mi bendicion te alcance.

LUPERCIO.

Llorar me has hecho.

JERARDO.

Hai quien vea
tu humildad.

LUPERCIO.

¡Dichoso lance!

JERARDO.

¡Qué tus desatinos crea!
A Dios.

ESCENA II.

LUPERCIO, solo.

El te guarde, y gua
la vida del anjel mio,
¿qué miro? ¿qué estoi cobarde?
¿cómo este plus no le envió,
que para amor todo es tarde?
Corre con el pensamiento

como tiene alas amor :
¡ Pero hai tan gracioso cuento!
¡hai tal padre! ¡ hai tal rigor!
¡hai tan lindo casamiento!
Pues señor viejo, paciencia ,
que vive Dios que está hecho ,
y que es vana resistencia
de un determinado pecho
castigo , ni dilijencia.
Piensa un padre que no hai mas,
de casate, y no te cases,
y que no esceda jamás
un hijo de estos compases,
y amor no danza á compas.
Es mui vieja esta pasion
con mil trabajos prolijos
para mas confirmacion,
y con dos hermosos hijos
sellos de esta provision,
y no pendientes de seda
sino de tan blanco pecho,
que no hai nieve que no esceda
y lazo que es tan estrecho,
no es bien que romper se pueda.

ESCENA III.

LUPERCIO y SABINO.

SABINO.

Basta que has dado en le treta
de quien debe , pues te escondes
cuando el pagar te inquieta,
mal á la deuda respondes,
no es satisfaccion discreta,
Hoi prometiste llevar
dineros para Fuljencia,
y hasta mandado esperar

sobre su misma paciencia,
plazo que no ha de llegar.
Advierte que si es mujer,
y se sustenta de ver
tu talle á falta de todo,
que hai dos niños, que de un modo
saben llorar y comer,
Avisa, si ha de empeñarse
otra basquiña, ó baquero.

UP ERCIO.

Si un triste quiere ahorcarse,
nunca falta un majadero
que le ayude á rematarse.

SABINO.

¿Estarás mui triste?

LUPERCIO.

Estoi,
Sabino, para matarme.

SABINO.

De eso comeremos hoi,
¿qué no hai plata?

LUPERCIO.

Ni un adarme,
ahora á venderme voi.

SABINO.

¿De que estás tan descompuesto?

LUPERCIO.

De esta manera me ha puesto
el buen viejo á puros palos.

SABINO.

En verdad que no son malos,
para no comer tan presto.
¡O que le acabe la gota!

LUPERCIO.

No sino el mar de mi amor,

cuando su campo alborota,
esperaba su favor.

SABINO.

¿Tras tanta brújula, sota?
¿qué hemos de hacer?

LUPERCIO.

Morir.

SABINO.

Buene.

LUPERCIO.

A Italia me quiero ir.

SABINO.

Y que se quede al sereno
tu mujer é hijos..

LUPERCIO.

O asir
algun vaso de veneno.

SABINO.

¿Querras brindarme?

LUPERCIO.

No quiero
sino bebermele entero.

SABINO.

Si en la mano le tuvieras,
sospecho que de él me dieras.

LUPERCIO.

A la ocasion me refiero. (*)
¿Beberé?

SABINO.

Ten, pesia tal:
¿es bolsa?

LUPERCIO.

Pues no lo ves,

(*) Alza la bolsa en ademan de beber.

¿estárate el medio mal?

SABINO.

Y aunque todo me lo des:
¿es oro?

LUPERCIO.

Si.

SABINO.

Rico metal.

LUPERCIO.

Fuera como oro potable.

SABINO.

Dime señor ¿quién te dió
su epictima favoroble?

LUPERCIO.

Del mismo palo salió
el antídoto admirable.
Toma, y á la plaza iras,
donde de cenar traeras,
con que escedas las comidas
de Cleopatra.

SABINO.

Eres un Midas.

LUPERCIO.

Mido esta bolsa y no mas:
camina.

SABINO.

¿Traeré un capon?

LUPERCIO.

Trae un pavo.

SABINO.

¿Habrá perdiz?

LUPERCIO.

Con su pimienta y limon,
que es de este invierno el tapiz,
y para el vino un jamon.

SABINO.

De lo de á dos pelos saco.

LUPERCIO.

Yo en tanto á Fuljencia aplaco,
de esta mi ausencia tardia.

SABINO.

¡Ha como Venus se enfria
si faltan Ceres y Baco!

ESCENA IV.

DECORACION DE CASA DE LUPERCIO.

FULJENCIA y CELAURO.

CELAURO.

Digo que el no haber venido,
de lo que digo procede.

FULJENCIA.

¿Tanto mi desdicha puede?

CELAURO.

Mucho en el querer lo has sido,
porque si eres estremada
en discrecion y hermosura,
fué pension de tu ventura
ser en amor desdichada.

FULJENCIA.

¿Qué mi Lupercio, Celauro,
quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Su amistad quiero ofender
porque tu vida restauro.
Digo Fuljencia que si,
y que el no venir á casa
es que por ella se abrasa,
y no se acuerda de tí.

FULJENCIA.

¿De mi no se acuerda?

CELAURO.

No.

FULJENCIA.

¿Qué dices Celauro?

CELAURO.

Digo
que no es Lupercio mi amigo
despues que tu fé rompió.
¡Jesus! quien imajinara,
que por viles ocasiones,
á tales obligaciones
pudiera volver la cara,
¿Esto es amor? ¿esto es fé?
¿esto es años de amistad?
¿esto es gusto? ¿esto es lealtad?
esto en los hombres se vé.
Hombre soi, y desde aqui
para que mejor te asombres
quiero estar mal con los hombres,
quiero comenzar por mí.

FULJENCIA.

Dame un poco de lugar,
para que mi sentimiento
se pueda de mi tormento
mas á la larga informar:
que si del asi te quejas,
y no te importando á tí
no sabré yo para mí,
las injurias que me dejas.
En fin ¿dices que este hombre
quiere bien á otra mujer?

CELAURO.

Y digo que lo has de ver,
y saber su casa y nombre.

FULJENCIA.

Digo que es poca lealtad
de una mujer como yo,
á quien Lupercio obligó
con su hacienda y voluntad ,
creer de él esta bajeza
sin remitirlo á la vista.

CELAURO.

Quien la costumbre conquista
emprende á naturaleza.
El trato te hace estar
tan confiada del daño;
pues no puede el desengaño
tu loco amor derribar.
Si no juzgas por traicion
ser de Lupercio enemigo,
ven esta noche conmigo,
verás su loca aficion.
Verás que lo que se goza
se tiene en poco , ó fastidia,
y que ha de enjendrar tu envidia
celos de una hermosa moza.

FULJENCIA.

¿ Que eso podré ver ?

CELAURO.

Y como
si es secreto que me fia.

FULJENCIA.

¡ Notable paciencia mia,
como de burlas lo tomo !
Ahora bien ¿ de que manera
podré verlo ?

CELAURO.

Rebozada ,
ó como hombre disfrazada
al descuido desde afuera.

FULJENCIA.

¿ A qué hora?

CELAURO.

Entre las doce
y la una la ha de hablar ,
y como el acierte á entrar ,
ten por cierto que la goze :
y si aquesto no te obliga
á estimar mi voluntad ,
y su mucha deslealtad
no te ofende y desobliga;
desde alli me veras ir
donde nunca mas me veas.

FULJENCIA.

Que haré lo contrario creas ,
que no me quiero morir .
Somos todas las mujeres
de un humor tan bien dispuesto ,
que nos consolamos presto.

CELAURO.

Basta decir que lo eres .
Está á punto prevenida ,
que Alfredo vendrá por tí.

FULJENCIA.

¿ Qué tambien lo sabe?

CELAURO.

Si,
que es testigo de mi vida.
Ya sabes que los criados
no se escusan al secreto,
porque son para este efeto
enemigos no escusados.
En fin es hombre de bien.

FULJENCIA.

Pues llama en siendo ocasion.

CELAURO.

El te hace á tí traicion

y yo á Lupercio tambien;
pero en fin mas te debia,
y menos bien te ha pagado,
pues yo estoi por ti abrasado
y el entre fuego se enfria.
Voime, ¡plega á Dios que sea,
Fuljencia, para tu bien!

FULJENCIA.

Celauro, aun el bien no es bien
para quien no le desea.

CELAURO.

Todas estas cosas dichas
veras en dando las once.

ESCENA V.

FULJENCIA, sola.

El alma tiene de bronce
quien quiere ver sus desdichas.
La mano pone en la caliente cama
del aspid que el veneno ardiente espira,
desde cerca á las piedras flechas tira,
el vidrio quiebra, y el licor derrama.
Su infamia dice al vulgo, y á la fama:
al ambriento leon incita á ira,
al toro silva, al basilisco mira,
al vivo fuego quiere asir la llama.
La jaula rompe al tigre, y abre al loco,
en el mar busca la perdida joya,
y escupe cuando menos á los cielos.
La espada del contrario tiene en poco,
y el caballo de Grecia lleva á Troya,
quien quiere averiguar sus propios celos.

ESCENA VI.

FULJENCIA y LUPERCIO.

LUPERCIO.

Mi señora, en hora buena
mis ojos merezcan veros,
y se alegre el alma llena
de la luz de esos luceros
de la noche mas serena.
Norabuena, mujer mia,
salga el sol de mi alegría,
y para dar gloria al suelo,
el aurora de mi cielo
abra las puertas al dia.
Norabuena, mi Fuljencia,
vertiendo perlas, y rosas,
corra el alba sin licencia
las cortinas temerosas,
de la noche de mi ausencia.
Norabuena, yo merezca,
despues que el sol amanezca
ver un anjel como vos,
donde la imajen de Dios,
mas al vivo resplandezca;
y norabuena os lo diga,
no amiga en breve amistad,
mas mujer que á eterna obliga,
aunque si digo verdad
nunca fuistes mas mi amiga.
Mil horas, y todas buenas
por mi gloria os dan mis penas.

FULJENCIA.

Que gracioso habeis llegado,
las horas que habeis tardado
me pagais en horas buenas:
y á quien sin verme se pasa

hasta en cortesía escasa,
la jente de fuera imita,
que norabuena y visita
es mui de fuera de casa.
¿Que habeis hecho tantos años?
horas digo, perdonad.

LUPERCIO.

Son mis padres tan estraños,
que anda su riguridad
á caza de mis engaños.
Mi viejo dice que estoi
casado con vos, mi bien.

FULJENCIA.

¡Dirá cuan indigna soi!

LUPERCIO.

Dirá el alma que tambien,
por un cabello os la doi:
habla como padre en fin.

FULJENCIA.

No habrá cosa mas ruin,
que yo en aqueste lugar.

LUPERCIO.

Veneno suele sacar
un araña de un jazmin.
Mal lo toma si le toco
en que es casamiento justo:
yo niego y sosiego al loco,
porque lo que da disgusto
se ha de tragar poco á poco:
y asi, con no frecuentar
vuestra casa, como suelo,
pienso á mi padre engañar.

FULJENCIA.

Bien dijo Celauro. ¡Ha cielo! (Ap.)
¿qué tengo mas que probar,
que acá no quiere venir?

LUPERCIO.

No le podrá persuadir
todo el mundo si se enoja.

FULJENCIA.

¿Eso señor os congoja?

LUPERCIO.

¿Quién se lo podrá decir?

FULJENCIA.

Que no mi bien, no señor,
mejor será desvelalle:
no venir acá es mejor.

LUPERCIO.

Si; porque desengañalle
es dar fuerza á su rigor.
Vendré de noche, y vendré
secreto siendo de dia,
hasta que seguro esté.

FULJENCIA.

Ya de la desdicha mia (Ap.)
bastantes pruebas hallé.
¿Esto hace un hombre? ¿asi
paga un hombre á una mujer?

LUPERCIO.

¿Qué decis?

FULJENCIA.

Pensaba en mí
si era bien ausencia hacer
por algun tiempo de aqui;
con mis hijos y licencia,
me iré donde vos mandeis,
á Zaragoza, ó Valencia,
por cuatro meses, ó seis,
que podré sufrir de ausencia;
y creed que á esto me atrevo,
porque á casos tan prólijos,
no sin vos, con vos me muevo,
que llevando vuestros hijos

en dos pedazos os llevo;
y como ya para vos,
aunque para mi no es carga
quieroos dividir en dos,
que al fin la jornada es larga.

LUPERCIO.

¿Llorais? ó que bien por Dios.
Pues yo os prometo que es dia
para tener alegría.

ESCENA VII.

FULJENCIA, LUPERCIO y CELAURO.

CELAURO.

¿Está aqui Lupercio?

LUPERCIO.

Estoi.

CELAURO.

Escucha.

FULJENCIA.

Sin duda hoi (Ap.)
se traza la muerte mia.
Hablándole está al oido
debe de ser el concierto
entre los dos prevenido:
si esto escucho, si esto advierto,
que aguardo al mayor sentido.
¿Si hablaré? ¿si le diré,
mis celos á mi enemigo?

LUPERCIO.

Cuanto me mandas haré,
que el peligro en el amigo
es la prueba de su fé.
Fuljencia á Dios.

CELAURO.

Mi señora

perdonad, que no se escusa
á lo que vamos ahora.

FULJENCIÀ.

Parece que estoi confusa.

CELAURO.

Es que á lo que vas ignora.
¿has de salir? (A Fuljencia.)

FULJENCIA.

Venga Alfredo. (A Celauro

CELAURO.

Pues mira que has de callar. (*)

FULJENCIA.

Yo sé que cumplir lo puedo,
porque cuando quiera hablar,
atará mi lengua el miedo.

ESCENA VIII.

FULJENCIA, sola.

¡Ai desdichada mujer
entre cuantas han nacido!
Lupercio ¿esto vengo á ver?
la posesion de marido
te ha enseñado á aborrecer.
Si marido vituperas
la que mis brazos te dan,
y otra que pierdas esperas,
mas te quisiera galan
para que amor me tuvieras.
Hoi muero sin duda alguna.

(*) Se vuelve á ella Celauro.

ESCENA IX.

FULJENCIA y RISELO.

RISELO.

Ya parece que nos mira,
favorable la fortuna.
Fuljencia está aqui, y suspira:
humedad tiene la luna.
Señora.

FULJENCIA.

¡O Riselo amigo!

RISELO.

¿De que estás triste?

FULJENCIA.

No sé,

RISELO.

No estaba ahora contigo
Lupercio?

FULJENCIA.

Y de aqui se fué
con su amigo, y mi enemigo.

RISELO.

Alégrate que he topado
á Sabino su criado
hecho un rico despensero,
que la flota del dinero,
ya debe de haber llegado.
Pavos, perdices, capones,
buena ternera, y jamones,
alegre estaba comprando,
y comprándolo trocando
mui regalados doblones.

FULJENCIA.

¿Qué dices?

RISELO.

Lo que te cuento.

FULJENCIA.

¡Ai triste!

RISELO.

¿Qué, no ha llegado?

FULJENCIA.

Ni lo tiene en pensamiento;
que todo lo que ha comprado
es con otro fundamento.

RISELO.

Yo le hablé, y es para tí,
que no es para el viejo, no.

FULJENCIA.

¿Qué en efecto te vió?

RISELO.

Si,
y digo que le hablé yo,
y el oro, y la cena ví.

FULJENCIA.

Crée que es para otra parte
donde ya Lupercio vive.

ESCENA X.

FULJENCIA, RISELO y SABINO.

SABINO.

Eso dejarás á parte,
y lo demas apercibe,
si sabes del gusto el arte.
Capon y perdices asa,
y pon el pavo á lo fresco,
que la mano mas escasa
hoi hace un brindis Tudesco
á la jente de esta casa.

FULJENCIA.

¿Qué hai Sabino?

SABINO.

Soi veedor
esta noche de una cena
que quiere dar mi señor.

RISELO.

Ves, que para tí se ordena
toda esta jira y favor.

FULJENCIA.

¡Ai Riselo! ya lo entiendo,
como vió que tu le vias
el oro distribuyendo,
viene para fiestas mias,
este convite finjiendo.
Dame tú que no le vieras,
que nunca viniera acá.

SABINO.

Qué, ¿tenemos ya quimeras?

RISELO.

No sé por Dios, triste está.

SABINO.

No debe de ser de veras.
¿Diote cincuenta doblones
Lupercio en una bolsilla?

FULJENCIA.

Bueno vienes de invenciones;
pero tal es la cartilla
donde te enseñan traiciones.

SABINO.

Veinte escudos me dió á mí,
de ciento y veinte que ahora
sacó al viejo, y yo lo ví,
y sé que dijo, señora,
que eran todos para tí.
Ea, desecha el recato,
porque mostrarte inhumana,
parece en tu pecho ingrato,
como quien niega que gana,

por no obligarse al barato.
Linda cena te he traido,
y para mañana un pavo
pequeño, gordo y manido.

FULJENCIA.

Hoi de conocerte acabo, (Ap.)
cuan cierto, Celauro, ha sido.
¡Ai de mí!

SABINO.

Baste.

FULJENCIA.

A ver voi
esos regalos.

ESCENA XI.

SABINO y RISELO.

SABINO.

¿Qué es esto?

RISELO.

De todo inocente estoi.

SABINO.

En qué confusion me ha puesto.

RISELO

Poco espantadizo soi,
que como conozco amantes,
nunca sus enojos creo,
porque son mui semejantes
á las lunas en que veo
sus crecientes y menguantes.
Ellos llueven y hacen sol
cuando les viene al capricho,
el nublado ó arrebol.

SABINO.

Si, pero lo que me ha dicho

no es bueno, á fé de español.
Entra y mira en lo que entiende,
porque es amor como duende,
que siempre escucha y acecha.

RISELO.

Voi.

SABINO.

¿Mas de qué la aprovecha,
si Lupercio no la ofende.

ESCENA XII.

CELAURO, LUPERCIO y RISELO.

CELAURO.

sdicha ha sido, y para mí de suerte,
r haberos sacado de esta casa,
e no es menos dolor el de la muerte;
n tal rigor el corazon me pasa.

LUPERCIO.

enos, por vida vuestra, me divierte
e así mi condicion noteis escasa,
lauro, yo he perdido, ya está hecho,
es todo sentimiento sin provecho.
abino?

SABINO.

Mi señor.

LUPERCIO.

¿Qué hai de Faljencia?

SABINO.

cena truje, y á mirarla es ida.

LUPERCIO.

rte y dile que salga á mi presencia,
e ya espero tenella desabrida.

SABINO.

mbien estotro viene de pendencia,

la vista en los bigotes escondida.
¡O amor, quien templará tus instrumentos,
siendo tus cuerdas locos pensamientos!

ESCENA XIII.

LUPERCIO y CELAURO.

CELAURO.

Conozco yo la casa de Ricardo,
dijeos mil veces que no entraseis dentro,
que allí nadie se viste paño pardo.

LUPERCIO.

Mi dinerillo en fin volvió á su centro.

CELAURO.

Paravades tambien á lo gallardo.

LUPERCIO.

Nunca entre mil azares un encuentro.

CELAURO.

¿Qué perdeis? la verdad.

LUPERCIO.

Siempre la digo
que de fanfarrias nunca he sido amigo.

CELAURO.

¿Perdeis seiscientos?

LUPERCIO.

Bueno, y cien escudos
de á once reales y de tres cuartillos,
recien nacidos, solos y desnudos,
de miedo de mis manos, amarillos.

CELAURO.

Con eso ya esta noche iremos mudos,
que es del gusto el perder cadena y grillos.

LUPERCIO.

No puede el interes perdido tanto,

s vereis que de alegre taño y canto.
Donde decis que viven esas damas?

CELAURO.

do se os ha olvidado con el juego,
r la que yo me abraso en vivas llamas,
oso el padre, pierde su sosiego,
por guardar sus honras y sus famas,
su ventana disfrazado llego,
padre me conoce, y se ha corrido
que le ofenda quien su amigo ha sido.
a con el castigo ha confesado
e es otro y no soi yo, y en esta prueba,
eda para esta noche concertado,
e como no sea yo; mejor lo lleva,
ga á la ventana disfrazado,
e engaños en amor no es cosa nueva,
como el viejo vea el desengaño,
temeremos de su enojo el daño.

LUPERCIO.

si os entiendo, pues si aquesto pasa
no se traza, el padre se asegura.

CELAURO.

como antes entraré en su casa,
e es lo que el alma de mi amor procura.

ESCENA XIV.

FULJENCIA, LUPERCIO y CELAURO.

FULJENCIA.

mano liberal, la vista escasa, (Ap.)
e Lupercio en esta coyuntura,
s acaso Celauro convidado?

CELAURO.

es nuevo el verme en vuestra casa honrado,
ro de buena gana lo aceptara,
no tener que hacer, y asi, Fuljencia,
encia os pido.

FULJENCIA.

¡Qué traidora cara!

LUPERCIO.

Responde.

FULJENCIA.

Vos teneis, señor, licencia.

CELAURO.

En fin, aguardo. (A Fuljencia.)

FULJENCIA.

En mi temor repara, (A Celauro.)
y no me hables secreto en su presencia.

ESCENA XV.

FULJENCIA y LUPERCIO.

FULJENCIA.

Para qué es tan espléndida comida?

LUPERCIO.

Para serviros, para vos, mi vida.

FULJENCIA.

¿Para servirme á mí?

LUPERCIO.

¿Pues á qué efeto?

FULJENCIA.

¿Rico sin duda estais?

LUPERCIO.

Antes mui pobre,
que el rico á la miseria está sujeto,
y el pobre gusta que el sustento sobre.

FULJENCIA.

¿Pues el dinero me teneis secreto?

LUPERCIO.

Si moneda de oro, plata ó cobre
yo tengo en mi poder, Dios me destruya.

FULJENCIA.

¡Hase visto maldad como la suya!
¿qué no tienes dinero?

LUPERCIO.

Ni una blanca.

FULJENCIA.

¿Ni hoi tu padre te ha dado cien ducados?

LUPERCIO.

Si, que es su mano liberal y franca,
allí los tiene para mí contados:
si entrára yo en la cueva en Salamanca,
y sacára seis diablos conjurados,
no le sacára de un doblon arriba.

FULJENCIA.

¿Así viva mi Estevan?

LUPERCIO.

Asi viva.

FULJENCIA.

¿Qué no os ha dado nada?

LUPERCIO.

¿Qué es aquesto?

FULJENCIA.

¿Por vida de Enriquito?

LUPERCIO.

Y de vos propia.

FULJENCIA.

Miradlo bien.

LUPERCIO.

Verdad os digo en esto,
si palos, para dar, no es voz impropia,
que por vuestra defensa, descompuesto
su báculo, me ha dado tanta copia,
que hoi me costais la sangre de este lienzo.

FULJENCIA.

¿Mostrad?

LUPERCIO.

Este es. (*)

FULJENCIA.

Que presto que me venzo
¿Es posible que aquesto sea mentira?
¿es posible, que en trato de diez años
quepa maldad, que asi me mueva á ira?
Amor, déjame estar en mis engaños.

LUPERCIO.

Vuélveme el lienzo mi señora y mira....

FULJENCIA.

¿Qué me quereis crueles desengaños?

LUPERCIO.

Que divertida estás, el lienzo suelta.

FULJENCIA.

Deja, que el alma va en su sangre envuelt

LUPERCIO.

No le laven señora por tus ojos,
déjale por testigo de este dia.

FULJENCIA.

Laváranle mis lágrimas y enojos.

LUPERCIO.

Con esas perlas no, señora mia.

FULJENCIA.

Antes mi bien, con sus corales rojos,
guardarlas en el lienzo amor podria,
y en memoria á los cielos ofrecerlas.

LUPERCIO.

Que rico lienzo de coral y perlas.

FULJENCIA.

Vente á cenar mi bien.

LUPERCIO.

Soi tu marido.

(*) Muéstrale el pañuelo ensangrentado q
saca de la faltriquera.

FULJENCIA.

Habla bajo, no lo oiga algun criado,
pues por tu padre tan secreto ha sido,
que nadie ha de saber que estás casado.

LUPERCIO.

De no poder decirlo, estoi corrido,
que mucho gana el bien comunicado.

FULJENCIA.

Tu esclava soi.

LUPERCIO.

¡Jesus! amor lo ha hecho.

FULJENCIA.

Aun llevo el corazon fuera del pecho.

ESCENA XVI.

SALA DE LA CASA DE CELAURO.

LEONELA y CELAURO.

LEONELA.

Estraña es esa invencion:
¿que hable á Lupercio me mandas,
Celauro en que pasos andas?

CELAURO.

En pasos de mi pasion.

LEONELA.

¿Y qué él me ha de requebrar?

CELAURO.

Haz esto por mí, Leonela.

LEONELA.

Poner puedes una escuela
de finjir y de engañar.

CELAURO.

Vame en aquesto la vida.

LEONELA.

¿Pues que resulta en tu bien?

CELAURO.

Que la posesion me den
de una esperanza perdida.
haz hermana de mis ojos
esto ahora por tu hermano.

LEONELA.

Que he de obedecerte es llano
y que lo son mis enojos.
Pero mira hermano mio,
que desdice á tu valor,
que yo muestre á un hombre amor.

CELAURO.

Del tuyo esto y mas confio.

LEONELA.

¿No me dirás á que efeto
eres tercero conmigo
de tu amigo?

CELAURO.

Ser su amigo,
y tener del buen concepto.
Porque quiere amartelar
una dama con quien habla.

LEONELA.

Bien mi negocio se entabla
si me pretendes casar.
Mira señor lo que haces.

CELAURO.

Leonela, tu honor pretendo,
haz esto que te encomiendo,
que asi mi amor satisfaces.

LEONELA.

Vé con Dios, que yo estaré
en la ventana esperando.

CELAURO,

Y yo á verle requebrando,

su ingrata dama traeré.

LEONELA.

Eso te debe de hacer
que lo intentes tú tan ciego.

CELAURO.

Cosas, Leonora, te niego
que un ciego las puede ver.

LEONELA.

¿Quieres bien?

CELAURO.

Tengo perdida
el alma.

LEONELA.

Tu hermana soi,
habla.

CELAURO.

Satisfecho estoi.

LEONELA.

Pues dí.

CELAURO.

Escucha por tu vida.
En una casa de juego,
donde reina la fortuna
mas que en el mar, y en palacio
entre lisonjas y burlas:
hice amistad con Lupercio
un hombre en quien viven juntas.
cuantas gracias pensar puedes,
que es poco, aunque pienses muchas.
Pasados algunos dias,
de dos almas hizo una
amor, el trato, ó la estrella
que nuestros pechos ajusta.
Confiome sus secretos,
pareciéndole segura
el arca en que los guardaba:

pero no hai fuerte ninguno.
Llevome á ver una dama,
no la consideres rubia,
asi te dé Dios contento,
que harás á mi gusto injuria.
No pienses que de su rostro
prestándome amor la pluma
quiero hacer vanas quimeras
con fabulosas pinturas.
No robaré á los jardines
entre los cuadros de murta,
los jazmines y claveles,
oro al indio, plata al Fucar.
No diré que es sol, ni imajen,
Venus clara, ó blanca luna,
sino que es una mujer
que ví por mi desventura.
Roca del mar en firmeza,
tigre de Hircania en la furia,
Sibila en la discrecion;
y Fenix en la hermosura:
Víla en efecto, Leonela,
y que enamorara juzga,
no digo á un hídalgo noble,
pero á un villano de Asturias.
Pasé gran tiempo callando,
y entre estas penas y angustias.
con ser yo quien me sufria,
fué insufrible mi locura.
Lo que he dicho y lo que he hecho,
à quien ama lo pregunta:
pero es labrar en un jaspe
con un vidrio una figura.
Viendo pues, que no tuvieron
mis penas remedio nunca,
pretendo descomponerlos
y dar principio á las suyas.
Quiero que Fuljencia vea
que de otras mujeres gusta

el mas firme de los hombres,
y que á estas horas las busca;
que yo sé, que aunque no olvide
amor que ha tanto que dura,
dará gusto por venganza
á esta vida, sangre tuya.
Si te parece traicion,
mira á donde el amor triunfa,
á Existo, Tarquino y Páris
que amarrados me disculpan;
y plega á Dios que me vea
en una galera turca,
si es vicio mi pretension.
sino del amor la culpa.

LEONELA.

Las doce hermano han tocado,
dejame que arriba suba,
mientras que vas á llamarle.

CELAURO.

¡O hermana, mi intento ayuda!

LEONELA.

Parte; que en la reja espero.

CELAURO.

Advierte, que si te turbas,
me puedes quitar la vida.

LEONELA.

Quien ama, todo lo duda.

ESCENA XVII.

RACION DE CALLE, CON UNA CASA EN EL O Y EN ELLA, REJA Y BALCON PRACTICABLES.

OCTAVIO, y ARISTO.

OCTAVIO.

Si supieras qué es celos,

yo sé que mi cuidado disculparas.

ARISTO.

No lo quieran los cielos,
que para no ver cosa con dos caras,
hai muchas opiniones,
que son aborrecibles los doblones.

OCTAVIO.

¿Celos tienen dos caras?
dime de que manera por tu vida.

ARISTO.

Si en los celos reparas,
verás bien que no hai cosa mas finjida.

OCTAVIO.

Eso saber deseo,
que entiendo menos, cuando mas poseo.

ARISTO.

Cuando un celoso quiere
averiguar sus celos, luego llama,
pues por saberlos muere,
amigas ó criadas de su dama,
y jurando secreto
dice que importa para cierto efeto.
No le han desengañado,
cuando escondiendo el que mostraba tiern
les muestra el rostro airado,
y se convierte en furia del infierno
ya ves aqui dos caras.

OCTAVIO.

Digo que por estremo lo declaras.

ARISTO.

Pues si habló con su dama,
veras que la regala y la requiebra,
y que su bien la llama,
y está como una vívora ó culebra
oculta entre las flores:
¿estas no son dos caras?

OCTAVIO.

¡Que mayores!

ARISTO.

Pues todo cuanto intentan,
hablan, regalan, piensan, imajinan,
fabrican, trazan, cuentan,
prometen, disimulan, determinan,
todo tiene dos caras.

OCTAVIO.

¿Luego téngolas yo?

ARISTO.

Que se ven claras.
¿No dejaste á Leonela
esta noche segura?

OCTAVIO.

Amor me abrasa.

ARISTO.

Luego ha sido cautela
volver celoso á ver su calle y casa;
quien ama, ese confia.

OCTAVIO.

Quien ama, teme, cela y desconfia.

ARISTO.

Amor es confianza.

OCTAVIO.

Amor es miedo y posesion medrosa,
despues que el bien alcanza.

ARISTO.

Quien quiere, está en su centro, alli reposa.

OCTAVIO.

No hai reposo en quien ama,
solícito es amor, temor se llama.

ARISTO.

Quien duda y teme, ofende
la confianza de la cosa amada.

OCTAVIO.

Temiendo la defiende,
que del amor es el temor la espada.

ARISTO.

Jente viene.

OCTAVIO.

Aqui espero.

ARISTO.

Mas si fuese tu miedo verdadero ...

ESCENA XVIII.

Los mismos CELAURO, y LUPERCIO en hábito de noche.

LUPERCIO.

Quisiera que te hallaras en la cena
porque fué por estremo regalada.

CELAURO.

Para ti por lo menos lo seria.

LUPERCIO.

No lo digas de burlas, que no hai cosa
como la mesa para dos que se aman,
aquel hacer el plato, aquel partirle
lo mas sabroso, y ver que si lo come,
parece que es del que lo da sustento;
no tiene igual con los tesoros de Indias.

CELAURO.

Dices mui bien, que en esas ocasiones
trinchan los ojos y hace salva el alma,
pues que el saber que gusta de una cosa,
y el haberla buscado con cuidado,
y ver que come en ella juntamente
la voluntad con el sustento, creo
que puede de placer matar un hombre.

LUPERCIO.

¿No estoi bien empleado por tu vida ¿

CELAURO.

¿Eso preguntas? es Fuljencia un ánjel,
no he visto yo virtud como la suya.

LUPERCIO.

Ni has visto voluntad como la mia.

CELAURO.

Lo mismo quiero, que en oyendo á Flerida
digas de mi firmeza y su hermosura,
la reja es esta, llega, que aqui aguardo.

LUPERCIO.

¿Y saldrá con la seña?

CELAURO.

En el momento
que con el pomo en la rodela toques. (*)

OCTAVIO.

¿Que te parece de esto?

ARISTO.

Digo,
que sois casi poetas los amantes.

OCTAVIO.

¿Parecete que es justo tener celos?
preven la espada.

ARISTO.

Mejor fuera el ánimo.

ESCENA XIX.

s precedentes, ALFREDO, y FULJENCIA en hábito de hombre.

ALFREDO.

Esta es la calle, y esta es la ventana.

*) Llégase Lupercio á la reja.

FULJENCIA.

Un hombre está debajo de la reja.

ALFREDO.

Si es hombre, no lo dudes que es Lupercio,
mas suele amor hacer de sombras hombres.

FULJENCIA.

Señas hace.

ALFREDO.

Ya sale la señora.

ESCENA XX.

Los antedichos, LEONELA en el balcon que está encima de la reja.

OCTAVIO.

Señas Aristo, cosa nueva es esta.

ARISTO.

Mas nueva me parece que ella sale.

OCTAVIO.

Matarle quiero.

ARISTO.

Tente, que ha venido
bastantemente apercebido el hombre,
que uno está rebozado en esta esquina,
y dos vienen ahora en reteguarda,
de suerte que han de ser cuatro por fuerza;
pues cuatro á dos es la mitad.

OCTAVIO.

Hoi muero.

ARISTO.

Advierte el fin.

OCTAVIO.

El de mi vida espero.

LEONELA.

¿Cómo mi bien no me hablais?

que ha rato que estoi aqui.

LUPERCIO.

Porque no hai fuerzas en mí
hasta que vos me la dais.
Que como hasta que el sol sale,
todo está mudo en silencio,
no menos me diferencio,
ni el mas que esos rayos vale.
Y que me habeis hecho salva,
y decis que el sol espera,
soi la calandria primera
que canta en saliendo el alba.

ARISTO.

A fé que es hombre leido,
no ves la comparacion.

OCTAVIO.

Leido habré su traicion,
que letra bastarda ha sido.

ALFREDO.

¿No escuchas Fuljencia bella
á tu Lupercio?

FULJENCIA.

No sé,
si al alma crédito dé,
ó al traidor que vive en ella
que esto pasa, que esto ven
los ojos que este adoraba,
hoi con la vida se acaba,
Alfredo, el amor tambien.
¿Que me tienes honra infame?
déjame vengar mi afrenta.

ALFREDO.

Que es lo que tu furia intenta,
¿oye, quieres que le llame?

FULJENCIA.

No amigo, que aunque estoi loca,
guardo el rostro á mi opinion,

reprimiendo el corazon
que viene ardiendo á la boca
que si faltase esta luz,
con una voz que daria,
del pecho lo escaparia
como bala de arcabuz.

CELAURO.

Todo se traza á mi gusto (Ap.)
Fuljencia se vá inquietando,
muere, pues matas amando
de celos, rabia y disgusto.
¿Hai bien que á mi bien se iguale?
¡O industria cuanto aprovechas
para fortunas desechas,
donde la fuerza no vale!

LUPERCIO.

Traigo contento el deseo
de una esperanza tan loca,
que ya parece que toca
lo que pienso que poseo.
Suplicoos que algun favor
confirme esta confianza.

LEONELA.

Sí haré por mi fé, si alcanza
tanto la mano de amor.

LUPERCIO.

Con la vuestra me contento.

LEONELA.

Es imposible alcanzar.

OCTAVIO.

¡Que á tanto puede llegar
un cobarde sufrimiento!

FULJENCIA.

¿Ves Alfredo como pide
la mano al galan?

ALFREDO.

Si veo.

LUPERCIO.

Pues yo mido mi deseo
tu, señora, tu amor mide.
Llega mi deseo á tí,
que vá por este favor,
baje á mí tu mano amor,
verás su medida asi:
aunque era mejor tu mano
para esforzarme á subír:
¿pero quien podrá medir
lo divino por la humano?

LEONELA.

¿No es bueno que sin amor
hablo á un hombre que no veo?

LUPERCIO.

¿No es bueno que sin deseo
estoi pidiendo favor?

OCTAVIO.

¿No es bueno Aristo, que esté
aqui un hombre como yo?

FULJENCIA.

¿No es bueno que le pidió
la mano? ¡ó traidor sin fé!

ALFREDO.

¿No es bueno que tu lo aguardes
pudiéndolo remediar?

OCTAVIO.

Déjame Aristo llegar,
que nunca hai celos cobardes.

CELAURO.

¿No es bueno que estoi contento
de ver á Fuljencia asi?

FULJENCIA.

Déjame llegar á mí,

que me ahoga el sufrimiento.

ALFREDO.

Detente.

FULJENCIA.

Déjame hacer
¿á Caballero, á quien digo? (*)

LUPERCIO.

Es amigo.

FULJENCIA.

No es amigo,
que vos no lo sabeis ser.

LUPERCIO.

¿En qué os ofendo?

FULJENCIA.

En hablar
esta mujer.

LUPERCIO.

¡Esto habia!
¿es vuestra?

FULJENCIA.

Si fuera mia
yo la supiera guardar.

LUPERCIO.

¿Pues qué es lo que pretendeis?

FULJENCIA.

Que dejeis este cuidado,
que yo sé que estais casado.

LUPERCIO.

Vos ¿pues de que lo sabeis?

FULJENCIA.

Esto basta, y dame pena
lo que aqui en su ofensa pasa,
y mal guardais vuestra casa
mientras andais por la ajena.

(*) Llega Fuljencia arrebozada á Lupercio.

LUPERCIO.

Es mi hermano.

FULJENCIA.

Soi quien soi;
salid de la calle luego.

CELAURO.

Yo he de perder este juego
si á remediarle no voi;
¡ha celos que no guardais
palabra que prometeis.!

LEONELA.

¡A caballeros, ¿No veis
que mi opinion infamais?

ARISTO.

Habia un competidor,
y ya hai dos.

LUPERCIO.

Vamos de aqui.

FULJENCIA.

Seguidme.

LUPERCIO.

Venid tras mí,
¿hai mas estraño rigor?

ALFREDO.

¡A reñir van! ¿que remedio?

CELAURO.

Alfredo, yo soi perdido
si aquesto queda entendido. (*)

ALFREDO.

Ven que riñen.

CELAURO.

Ponte en medio.

ALFREDO.

Paso señores.

A un lado riñen Fuljencia y Lupercio.

FULJENCIA.

No hai paso.

LUPERCIO.

¿Quién es?

FULJENCIA.

Apartaos de ahí.

LUPERCIO.

Dejadle pues.

FULJENCIA.

Pesia á mi,
de aquesta punta le paso.

CELAURO.

¿No vé que estoi de por medio?
lleva Alfredo á ese galan.

ALFREDO.

Vamos señor.

FULJENCIA.

¿Que no harán
celos, ó mal sin remedio.? (*)

ESCENA XXI.

Los mismos, menos FULJENCIA y ALFREDO.

CELAURO.

Echa tú por esta calle,
y no os encontreis los dos.

LUPERCIO.

¿Sabeis quién es?

CELAURO.

No por Dios.

LUPERCIO.

Que buen mozo.

CELAURO.

Jentil talle.

(*) Váse Fuljencia, y Alfredo sosegándol

ESCENA XXII.

OCTAVIO, LEONELA y ARISTO. (*)

OCTAVIO.

¡A señora, por quien son
las presentes cuchilladas,
ó aquesta danza de espadas
hecha á vuestra devocion!

LEONELA.

¿A señor, el que lo mira
y está en la calle envainado,
cuanto le cuesta el tablado?

ARISTO.

Jentiles pedradas tira.

OCTAVIO.

Cuando riñen dos galanes
de una dama tan finjida,
no se ha de jugar la vida,
ni se han de hacer ademanes,
y crea vuesa merced,
que cuando mi causa fuera,
á estocadas los cosiera
yo solo en esta pared:
mas si con igual querella
riñen sobre este lugar,
ventana quiero alquilar
y ver los toros en ella.

LEONELA.

¿Es mi Octavio?

OCTAVIO.

Soi el diablo.

LEONELA.

Octavio, señor, espera.

(*) Llega Octavio á la reja.

OCTAVIO.

¿Qué espere? jentil quimera.

LEONELA.

Oye, escucha; ¿con quién hablo?

ARISTO.

Oyela señor.

OCTAVIO.

No quiero.

LEONELA.

Oye la satisfaccion.

ARISTO.

Oye señor su razon.

OCTAVIO.

Déjame tu majadero.

ARISTO.

Mira que está haciendo estremos.

OCTAVIO.

Ya no hai hablarnos los dos.

LEONELA.

¿No quereis?

OCTAVIO.

No.

LEONELA.

Pues á Dios.
que mañana nos veremos.

FIN DEL ACTO PRIMERO.

ACTO SEGUNDO.

ECORACION DE CALLE, LA MISMA CON QUE ACABO EL ACTO.

ESCENA PRIMERA.

ALFREDO y CELAURO.

ALFREDO.

¿Qué tanto descompuso la pendencia
dos voluntades que el amor tenia,
en tan estrechos lazos obligadas?

CELAURO.

Luego que te partiste de esta villa,
amigo Alfredo, fué creciendo el daño,
porque entre los amantes las pendencias
suelen durar, por ser tan pertinaces,
porque quieren que el uno ruegue al otro.

ALFREDO.

Yo los dejé en estremo desabridos
despues señor de los injustos celos:
¿supo dime, Lupercio, que era ella,
la que en hábito de hombre lo fue tanto,
que osó reñir con él cuerpo á cuerpo?

CELAURO.

No lo supo Lupercio, ni lo sabe,
porque yo le llevé tan divirtido,
que cuando vino á verla aquella noche,
ella estaba en la cama y sosegada:
mas como amor no duerma bien con celos,
y sean los dos tan grandes enemigos,
puesto Alfredo que padre, é hijo sean,
asi se los pidió de aquella dama,

asi enojada estuvo, asi ha llorado,
que Lupercio movido á ira y cólera,
puso las manos en su rostro hermoso
puso las manos en el sol, Alfredo,
ofendió las estrellas de los ojos,
oscureció la clara luz del dia:
y como en los eclipses de ordinario
nos muestre el solo aquel color sangriento,
sangre puso en el sol, sangriento estuvo
el rostro á quien esta alma adora y teme.

ALFREDO.

¡Válgame Dios, que esa bajeza hizo!

CELAURO.

No le culpes Alfredo, que unos celos
pedidos sin razon, de seso privan.

ALFREDO.

Razon tuvo Fuljencia.

CELAURO.

En el engaño,
mas Lupercio inocente de la culpa.

ALFREDO.

¿No te pesa de haber con tus embustes
dado ocasion para que aquellas manos,
hayan tocado temerariamente
en el sol, en el cielo, en las estrellas,
del cabello, del rostro, y de los ojos?

CELAURO.

Dios sabe que su daño me ha pesado,
y que me cuesta lágrimas piadosas:
pero que quieres, que el camino es este
de negociar mi bien, porque no hai otro
como sembrar discordia entre sus almas.

ALFREDO.

¿Que tienes negociado?

CELAURO.

Que Fuljencia

dejó su casa y sus queridos hijos,
y como huyendo, vino á la de Andronio,
que como sabes, es mi tio, adonde
he comido y cenado aquestos dias,
sustentado esta vida de sus ojos,
que si en la India se sustenta jente
de solo olor, y solo de la vista,
y no es mucho milagro para un anjel.

ALFREDO.

¿Hasla hablado?

CELAURO.

Hela hablado y ersuadido.

ALFREDO.

¿Y qué responde?

CELAURO.

Que á Lupercio adora.

ALFREDO.

Mui adelante estás.

CELAURO.

Hice á mi hermana
que la viniese á ver y á persuadilla,
y ha dormido con ella cuatro noches,
con envidia del mundo y de mi alma.

AAFREDO.

¿Qué negocia?

CELAURO.

Quc siga mi justicia.

ALFREDO.

¿Dura el enojo?

CELAURO.

No que ya se hablan,
y se han de ir á su casa aquesta noche,
para mis ojos y alma noche eterna.

ALFREDO.

Que poca fuerza tus deseos tienen.

CELAURO.

Retírate que sale.

ALFREDO.

Aqui me aparto.

CELAURO.

Costarme tiene hacienda, vida y alma,
ó de esta ingrata he de llevar la palma.

ESCENA II.

SALA EN CASA DE CELAURO.

FULJENCIA y RISELO dándola un papel.

RISELO.

Acaba, lee el papel.

FULJENCIA.

No me porfies Riselo.

RISELO.

Por mi vida que recelo.
que te enflaqueces por él.
Ea, cesen los enojos,
señora, de tantos dias.

FULJENCIA.

Primero las manos mias
se vengarán en sus ojos.

RISELO.

Harto mas te vengas tú
en los tuyos, con llorar
perlas, que pueden comprar
las riquezas del Perú.
Lee, que te estás muriendo.

FULJENCIA.

Ahora bien, leo por tí.

RISELO.

Y por ti no.

FULJENCIA.

Yo por mí,
soi mui tierna.

RISELO.

Asi lo entiendo.

FULJENCIA.

Dame que allá no tuviera
á Esteban, y á Enrique.

RISELO.

Lee,
que Lupercio asi lo cree.

FULJENCIA.

El dice de esta manera.
Basta ya, señora mia, (Lee el papel).
de pesadumbres de un mes,
que la venganza no es
amor, sino tiranía.
Ven mis ojos, ven mi cielo,
que si un hora tardas mas,
cuando vengas me hallaras
muerto.

RISELO.

Ea, entrañas de yelo.

FULJENCIA.

¿Muerto dice?

RISELO.

¿Y eso dudas?

FULJENCIA.

No sino con otra dama
muerto en sus brazos.

ESCENA III.

chos, ALFREDO, y CELAURO, retirados.

ALFREDO.

¿Qué llama

Celauro en yelo no mudas?

CELAURO.

Antes aquello me enciende.

ALFREDO.

¿Eres loco.?

CELAURO.

Soi amante.

RISELO.

Leé, señora, adelante.

FULJENCIA.

Solo engañarme pretende.
Si de mi quieres vengarte (Vuelve á leer).
mejor estarás aqui:
pero no vengas por mi,
pues ya no puedo obligarte.
Ven, por Esteban y Enrique,
que lloran por ti, mi bien,
y si allá hai otro, tambien
le ruego te lo suplique.
Tu Lupercio.

RISELO.

¿Lloras?

FULJENCIA.

No.

RISELO.

¿Pues qué?

FULJENCIA.

La vista penetra
el rejalgar de la letra.

CELAURO.

¡Que buena disculpa dió!

RISELO.

Eso es en letra de estampa,
que hai no sé que humo en ella.

FULJENCIA.

¿Qué mas estampa que aquella

que en el corazon se estampa?
Y bien dices, que trae humo,
que es fuego con humedad.

RISELO.

Ten, mi señora, piedad.

CELAURO.

Cual nieve al sol me consumo.
Vive Dios, que el vil tercero
me ha de pagar estas paces.

ALFREDO.

Como enamorado haces,
mas no como caballero.

FULJENCIA.

Dile á ese hombre, Riselo,
dile á ese traidor, amigo,
dile á ese falso enemigo,
que de noble sufre el cielo,
que venga luego por mí.

RISELO.

Dame esos pies.

FULJENCIA.

Parte.

RISELO.

Voi. (Vase.)

FULJENCIA.

Celauro ¿aqui estas?

CELAURO.

Estoi
cual sombra siempre tras ti.
Vete Alfredo.

ALFREDO.

Mal se luce
los enredos de este loco. (Vase.)

ESCENA IV.

CELAURO y FULJENCIA.

CELAURO.
¿Estás ya mas tierna?

FULJENCIA.
Un poco.

CELAURO.
A esto siempre se reduce
los enojos de quien ama.
¿Esta noche vas con él?

FULJENCIA.
Acúsame de cruel,
y en este papel me llama.

CELAURO.
¿Tanto un papel enternece?

FULJENCIA.
No sé que tiene de hechizo.

CELAURO.
Maldiga Dios quien le hizo,
que tan tierno te parece.

FULJENCIA.
Maldígate Dios á tí.

CELAURO.
No digo quien le escribió.

FULJENCIA.
Para maldecirte yo,
basta el papel.

CELAURO.
¿Cómo asi?

FULJENCIA.
Porque cosa que ha tocado
tal mano queda su ofensa

á cuenta de mi defensa
como está un lugar sagrado.

CELAURO.

¡O pesa tanto rigor,
y mi loco sufrimiento!

FULJENCIA.

¿Qué ofensa en tu daño intento
por tener á un hombre amor?
¿Soi yo tu sangre por dicha
soi tu hermana, ó tu mujer?

CELAURO.

No, pero debes de ser
toda junta mi desdicha.
Pues vete ingrata en buen hora
aunque sea mal para mí
gozale, y goce de tí
á pesar de quien te adora;
que pues que no he merecido
de tí una palabra buena,
yo haré que rabies de pena
como yo rabio de olvido.

FULJENCIA.

¿Tú, qué me puedes hacer? (*)

CELAURO.

Vive Dios, que estoi de suerte
que estoi por darte la muerte,
y acabarme de perder.

FULJENCIA.

¿Estás loco, para mí,
para una mujer la daga?

CELAURO.

Si por que una puerta haga
con que me saque de tí.

FULJENCIA.

Yo te tengo, espera un poco.

(*) Saca la daga.

CELAURO.

Bien dices que yo te tengo.

LUPERCIO dentro.

Loco de contento vengo.

SABINO dentro.

Y yo de contento loco.

ESCENA V.

Dichos y LUPERCIO, RISELO y SABINO.

CELAURO.

Puesta la mano, señora, (*)
sobre esta daga te juro
por ser cruz, que es su amor puro,
y que Lupercio te adora:
deja celos y quimeras,
vete esta noche con él.

LUPERCIO.

¡O amigo noble y fiel!
dame esos brazos, ¿qué esperas?

CELAURO.

¡O buen Lupercio! primero
los has de dar á Fuljencia.

LUPERCIO.

No sé si tengo licencia:
pero obedecerte quiero. (*)
Y así echándome á sus pies,
veré si sus manos gano
subiendo del pie á la mano,
y de ella al brazo despues,
y desde el brazo al abrazo,
y de el abrazo....

(*) Diga disimulando Celauro.
(*) Arrodillase Lupercio.

FULJENCIA.

Prosigue
porque tu hechizo me obligue
á ser de tus brazos lazo.

CELAURO.

¡Es posible que esto veo!

FULJENCIA.

¿Cómo has estado sin mí?

LUPERCIO.

Pregúntalo al alma en tí
infierno de mi deseo.
Que como el mundo en su caos
y sin forma inanimadas
las materias y bazadas
sobre la tierra las naos.
Como en el Limbo el rapáz,
mas no es comparacion buena
porque yo he tenido pena,
y fuí de gloria capaz.
Cuál tórtola sin hallar
compañía alegre alguna;
como sin el sol la luna,
y sin la luna la mar.
como el instrumento está
sin la mano del que toca
como Tántalo la boca
la fruta que se le vá.
y como sin tí mi bien
que eres mi causa, y mi forma
quien me mueve, y quien me informa.

SABINO.

Por siempre jamas amen.
Acaba, vamos de aqui,
que me muero ya por veros
en casa.

LUPERCIO.

Hermosos luceros

posible es que os ofendí.

FULJENCIA.

Entra Riselo y dirás
á Leonela que me voí
y tráeme manto.

ESCENA VI.

Los precedentes y LEONELA.

LEONELA.

Aqui estoi
y he sabido que te vas.
Pero asi me guarde Dios,
que me pesa aunque es tu gusto.

FULJENCIA.

¡O mi Leonela! (*)

CELAURO.

Esto es justo
ea, despedios las dos.

LEONELA.

Déjala cubrir siquiera
pues Lupercio no porfia,
¿qué quieres?

CELAURO.

Hermana mia
lo que es amor considera.
Déjalos que trás pendencia
es gran gusto la amistad.

FULJENCIA.

Cubierta estoi perdonad,

LEONELA.

A Dios hermosa Fuljencia,

FULJENCIA.

Mi Leonela á Dios, y ved,

(*) Se cubre con el manto.

que me habeis de ver.

LEONELA.

Pues no.

CELÀURO.

Allá la llevaré yo.

FULJENCIA.

Hareisme mucha merced.

LUPERCIO.

Leonela y Celauro á Dios.

LEONELA.

A Dios.

CELAURO.

A Dios tigre hircana.
por quedarme con mi hermana
no voi Lupercio con vos.

FULJENCIA.

Vos quedais bien ocupado.

LUPERCIO.

Vamos señora enojada.

SABINO.

La cena está aparejada,
y el amor por convidado.

FULJENCIA.

Que dice Enriquito.

SABINO.

Llora
por su mamá, y por su taita,
que apenas con una gaita
le puedo acallar señora.
Ven, alegra aquella casa,
entre el sol, la noche huya.

FULJENCIA.

Vamos, vamos.

SABINO.

Aleluya,
hoi brindo.

RISELO.

¿A quien?

SABINO.

A Ganasa.

ESCENA VII.

CELAURO y LEONELA.

LEONELA.

No dudo que habrás sentido
Celauro aquesta mudanza,
porque en fin, de tu esperanza
riguroso viento ha sido.
¿Qué te embelesas, que miras?
ea, ya pasó la calle,
ola, quiero despertalle,
Celauro.

CELAURO.

¡Ai Dios!

LEONELA.

¿Qué suspiras?

CELAURO.

Cual queda desvanecido
el niño que volar vió
el pájaro, que pensó
cojer durmiendo en el nido.
O como queda el villano,
viendo la liebre correr,
que la pensaba cojer
en la cama con la mano.
O como queda despierto
el que dormido soñaba
que en arca, ó campo se hallaba
algun tesoro encubierto.
O si por un mal suceso
soñaba en cautividad

que ya estaba en libertad,
y despierto se halla preso.
Asi yo en la pesesion
del bien que estaba gozando,
mí libertad vi soñando.
y despierto mi prision.
yo muero, hermana Leonela,
sin remedio de remedio,
aunque ponga de por medio
toda Grecia su cautela.
¿ Desventurado qué haré ?
que ya se van á gozar.

LEONELA.

Tienes razon de penar,
alabo hermano tu fé.
Que es la cosa que yo he visto
mas digna de ser amada.

CELAURO.

Y tu la mas envidiada
de las que en ella conquisto.
Que al fin dormiste á su lado.

LEONELA.

Si vieras partes tan bellas,
mas almas dieras por ellas,
que por lo esterior le has dado.

CELAURO.

Cuéntame Leonela mia
algo de aquel anjel santo.

LEONELA.

Santo no te alargues tanto,
que toques en herejía.

CELAURO.

Mira, bien puedo llamar
anjel santo, una mujer
virtuosa, sin hacer
cosa digna de culpar.
Vive en sí y fuera de sí,

y esto es mas de anjel que de hombre
luego en darle aqueste nombre
no estoi yo fuera de mí.

LEONELA.

No me mandes que te diga
mas de que es un mármol parió.

CELAURO.

Para eso no es necesario
haberle yo visto amiga.
Ya sé que es mármol tan fuerte
que me resiste y me mata:
pero lo demás retrata
y de otras cosas me advierte.

LEONELA.

Basta decir que es bien hecha,
limpia, conforme é igual.

CELAURO.

Es hecha de un mármol tal,
que ningun hierro aprovecha.
Y el mayor mio es querer
hacer en esta ocasion
sin ser yo pigmaleon
de un mármol una mujer.

LEONELA.

Debajo del pecho izquierdo
tiene un lunar peregrino.

CELAURO.

Luna en cielo tan divino,
¿por qué no hará loco un cuerdo?
¿qué color tiene?

LEONELA.

Muy buena,
que parece en su blancura
como sangre en nieve pura;
el clavel en azucena.
Sale un cabello sutil
de enmedio por tanto trecho,

que puede dar vuelta al pecho.

CELAURO.

Hermoso lazo.

LEONELA.

Gentil.

CELAURO.

Milagro, Leonela, fuera,
que ese cometa de yelo,
no tuviera en ese cielo
rastro que muerte me diera.
Sino es en forma de espada
para matarme su brazo,
es á lo menos de lazo,
y en mi cuello ejecutada,
qué haré si en mi cielo veo
pronósticos de mi muerte,
mas yo pienso hacer de suerte,
que ó yo muera, ó mi deseo.
Quédate aquí que en mi mal,
ya no hay remedio mayor,
que pretender por traidor
lo que pierdo por leal. (Váse.)

ESCENA VIII.

LEONELA, sola.

Menos lástima tuviera
á tu dolor inhumano
si lo que es amor hermano
libre del mismo amor viera.
Pero tengo amor tambien,
y conozco tu disgusto
aunque de él me alegro y gusto,
pues me quitaste mi bien.
Hablé á Lupercio por tí,
y violo mi amado Octavio

que sentido de este agravio
vive quejoso de mí.
¿Pero quién es él que viene
sollozando, y suspirando.?

ESCENA IX.

LEONELA y ARISTO como llorando.

ARISTO.

Triste del que vive amando,
galeras perpetuas tiene.
¡Ai de mí que podré hacer
sin mi señor solo, y pobre
cual otro hallaré que cobre
lo que en el vengo á perder!

LEONELA.

Aristo.

ARISTO.

Señora mia.

LEONELA.

¿De que te enjuagas los ojos?

ARISTO.

Porque cifra mis enojos
mi desventura este dia.

LEONELA.

¿Donde queda tu señor?

ARISTO.

¿Dices Octavio?

LEONELA.

¿Pues quién?

ARISTO.

Ya le ha muerto tu desden.

LEONELA.

Mejor dijeras mi amor.

ARISTO.

¿Que amor?

LEONELA.

El que le he tenido.

ARISTO.

Bien dices, pues ya es pasado.

LEONELA.

¿Dime adonde queda?

ARISTO.

Ha estado
estos dias escondido,
y de esta melancolia
salió de consulta hoi,
irse á meter fraile.

LEONELA.

Estoi
al cabo por vida mia;
ea señores á mí.

ARISTO.

Sino lo quereis creer,
mañana le puedes ver.

LEONELA.

¿Qué me cuentas?

ARISTO.

Lo que ví.

LEONELA.

Ea que es cosa de risa.

ARISTO.

No sino de llanto es,
que los ojos en los pies
le he visto ayudar á misa.
Este papel me dejó
para que te diese.

LEONELA.

Muestra.

ARISTO.

¿Que amor, que amistad la nuestra,

sin ti señor, que haré yo?

LEONORA, LEE.

Ingrata: pues ya tienes otro gusto,
cubra este cuerpo un hábito de paño,
que en invierno y verano venga al justo,
luto á mi amor, y fiesta de tu engaño,
esto quiero que pueda mi disgusto,
y que aqueste papel, al fin de un año,
sea carta de pago y finiquito
de nuestro amor. Bien breve viene escrito.
¿Tanto ha sentido el agravio?

ARISTO.

Ese papel lo confirma;
¿no dice Octavio la firma?

LEONELA.

Mejor fuera frai Octavio.
¿Pero es de veras?

ARISTO.

Tan cierto
como que contigo estoi.

LEONELA.

¡Ai Otavio, que no soi
causa de este desconcierto!
La culpa tuvo mi hermano,
que me ha hecho hablar un hombre,
y que mudandome el nombre,
el me requebrase en vano,
solo por amartelar
una mujer con cautela.

ARISTO.

Ya no es posible Leonela,
que lo puedas remediar.

LEONELA.

¿Como no? Jiré dando voces,
y de alli le sacaré,
y que es mi esposo diré.

ARISTO.

No podrás, asi te goces.

LEONELA.

Pues sino dareme muerte.

ESCENA X.

LEONELA, OCTAVIO y ARISTO.

OCTAVIO.

Eso no, señora mia,
que solo mi amor queria
ver si es el tuyo tan fuerte.

LEONELA.

Jesus, ¿qué no es verdad?

OCTAVIO.

No.

LEONELA.

¿Cómo entraste?

OCTAVIO.

Vi á tu hermano
salir fuera.

LEONELA.

Ese tirano
nuestro disgusto causó.

OCTAVIO.

Todo lo tengo entendido.

ESCENA XI.

Los antedichos y ALFREDO.

ALFREDO.

¿Es Octavio?

LEONELA.

Alfredo viene.

ALFREDO.

Mi señor que hablaros tiene:

OCTAVIO.

Notable desdicha ha sido.
Sin duda que entrar me vió.
¿Adónde queda?

ALFREDO.

En la puerta
de Fuljencia.

LEONELA.

Yo soi muerta.

OCTAVIO.

No os altereis.

LEONELA.

¡Como no!
Con achaque de visita
á Fuljencia, iré á su casa.

OCTAVIO.

Cuando sepa lo que pasa
á este mi amor solicita,
no estará mui agraviado
que entre en su casa, si ha sido
á titulo de marido.

ALFREDO.

¿No venis?

OCTAVIO.

Voi.

LEONELA.

Ve á su lado.

ESCENA XII.

DECORACION DE CALLE.

CELAURO, solo.

Ya solo de mi engaño me sustento,

ya no tengo mas vida que mi engaño
con este engaño, mi tormento engaño,
que es verdad el engaño en mi tormento.
Con engaño se alienta el pensamiento
engañando su mismo desengaño,
y aunque este engaño, ha sido por mi daño,
el mismo engaño, en engañarme siento.
¿Mas qué me quejo del engaño? ¡Ai triste!
si de este engaño, tengo el alma asida,
engaño que de muchos me divierte,
porque con este engaño se resiste
la fuerza del engaño de la vida
por que todo es engaño hasta la muerte.

ESCENA XIII.

CELAURO, ALFREDO, ARISTO y OCTAVIO.

ALFREDO.

Aquí está Celauro.

OCTAVIO.

Aquí
está Octavio que ha venido
á ver en qué sois servido
de mis cosas, y de mí.

CELAURO.

Apártense los criados.

OCTAVIO.

Vete Aristo.

CELAURO.

Y tú tambien: (*)
¿conoceisme?

OCTAVIO.

Sí, y mui bien.

CELAURO.

¿Y mis padres?

(*) Vanse Alfredo y Aristo.

OCTAVIO.

Son honrados.

CELAURO.

¿No mas de honrados?

OCTAVIO.

¿Qué mas?

CELAURO.

Caballeros.

OCTAVIO.

Eso es menos,
porque honrados dice buenos,
que es punto de este compas.

CELAURO.

¿A que entrastes en mi casa?
si sabeis que honrados son,
y su virtud, y opinion,
por buena moneda pasa.
¿No sabeis que vive alli
una mujer que es mi hermana,
y su hija?

OCTAVIO.

Cosa es llana,
que lo supe, y que lo vi.
Pero así me fué forzoso
para el intento que emprendo.

CELAURO.

¿Cómo asi?

OCTAVIO.

Porque pretendo,
servirla.

CELAURO.

¿Qué?

OCTAVIO.

Soi su esposo.

CELAURO.

¿Sábenlo mis padres?

OCTAVIO.

No.

CELAURO.

Pues es mal hecho.

OCTAVIO.

No es
si lo han de saber despues.

CELAURO.

¡Sin saberlo ellos, ni yo!
Meted mano Octavio.

OCTAVIO.

Oid.

CELAURO.

No hai oir.

OCTAVIO.

Eso es furor. (*)

RISELO, dentro.

Celauro riñe, señor.

ESCENA XIV.

Los mismos y LUPERCIO desenvainando.

LUPERCIO.

Dí, necio, que riñe el Cid.
Fuera digo.

OCTAVIO.

Como tres
para un caballero solo;
este es fraude, engaño y dolo,
valdranme manos y pies. (Huye.)

(*) Riñen los dos.

ESCENA XV.

CELAURO, LUPERCIO, ARISTO y ALFREDO que salen riñendo.

ARISTO.

Tente, hombre.

ALFREDO.

Cuando riñe
el amo, es son concertado
para que baile el criado,
si es hombre que espada ciñe.

CELAURO.

Déjale, necio.

ALFREDO.

Huye, perro.

ARISTO.

Tantos á uno.

CELAURO.

Dejadle.

ALFREDO.

No lo llevará de valde,
si con esta punta cierro. (*)

ESCENA XVI.

CELAURO, LUPERCIO, ALFREDO y SABINO que sale desenvainando.

SABINO.

Fuera bellacos, ¿qué es esto?
¡A Lupercio mi señor!

LUPERCIO.

Ten, majadero, el furor,

(*) Aristo huye.

¿Donde vas tan descompuesto?

CELAURO.

Paso, no lo oiga Fuljencia.

SABINO.

De cólera estoi perdido.

LUPERCIO.

Como, Santelmo, has venido,
acabada la pendencia.

SABINO.

¿No ha quedado por ahí
alguna cosa fiambre?

LUPERCIO.

Ve necio á matar el hambre;
apartaos todos de aquí.

ALFREDO.

¿Si vuelven?

LUPERCIO.

No volverán.

CELAURO.

Entraos allá.

ARISTO.

A punto ponte.

SABINO.

Yo voi hecho un Rodamonte.

ALFREDO.

Yo un Rujero.

SABINO.

Yo un Roldan.

ESCENA XVII.

CELAURO y LUPERCIO.

LUPERCIO.

¿Qué ha sido aquesto?

CELAURO.

Todo niñer'a.

LUPERCIO.

¿Porqué has reñido?

CELAURO.

Digo que no es nada.

LUPERCIO.

¿Nada, Celauro, y tanta pesadumbre?

CELAURO.

No es nada, á fé de caballero.

LUPERCIO.

Basta,
no lo digais, que bien sé yo que en esto
lo que es nada es mi amor, para que pued
del vuestro merecer cosa tan fácil.

CELAURO.

¿Por eso os enojais?

LUPERCIO.

¿Pues no os parece
que es bastante ocasion para enojarme?
¿Esto se usa en amistad como esta?
¿En dos amigos hai secreto alguno?
¿Qué os he negado yo? no de mis obras
que ese fuera de amor pequeño efeto,
¿Mas de mis pensamientos escondidos?

CELAURO.

Querido amigo, amigo mio del alma,
el negaros aquesto, no procede
de poco amor, ni de que soi ingrato,
Sino de ser negocio y causa vuestra;
el amigo, Lupercio, que es honrado,
á su amigo defiende con la espada,
sin darle pesadumbre con la ofensa:
esta os importa que yo calle.

LUPERCIO.

Bueno,
tanto mas encendistes mi deseo,
cuanto mi causa fue la defendida,
que aunque los dos tengamos una causa,
yo moriré si no la sé.

CELAURO.

No creo.

e puede ser, porque es de pesadumbre.

LUPERCIO.

es mayor.

CELAURO.

Mirad, señor Lupercio

e os va la honra de este desengaño.

LUPERCIO.

en saberlo, Celauro, está mi vida,
honra, gusto y salvacion.

CELAURO.

Es cosa

e tiemblo de decilla.

LUPERCIO.

¿Sois mi amigo?

CELAURO.

soi.

LUPERCIO.

¿Pues qué dudais?

CELAURO.

Temo el suceso.

LUPERCIO.

pesía tal! sacad la daga, y dadme
r este corazon

CELAURO.

Ahora bien sea,
e mi desdicha quiso que palabras
ciesen la pendencia antes de tiempo,
e yo, Lupercio, le llevaba al campo.

LUPERCIO.

dilateis, Celauro, con rodeos
muerte, mi disgusto, mi deshonra.

CELAURO.

de deshonra, muerte y de disgusto.
ed que las mujeres en el mundo
cieron para ser destruccion suya,
que supuesto que haya muchas buenas,

virtuosas y santas, hai algunas
ingratas en estremo al amor nuestro,
falsas, lascivas, locas y perjuras.

LUPERCIO.

Que no quiero preámbulos.

CELAURO.

Fuljencia....

LUPERCIO.

¡Ai cuanto lo temí!

CELAURO.

Fuljencia digo,
aunque ha diez años que tratais sus cosas,
la sustentais, la regalais....

LUPERCIO.

¡Ai triste!

CELAURO.

Quiere bien á este Octavio.

LUPERCIO.

Eso es quimera,
ni en mi vida le he visto por su calle.

CELAURO.

Yo si de dia y de noche, y aun alguna
le he hecho salir de ella á cuchilladas,
de que es Alfredo buen testigo.

LUPERCIO.

¿Adónde
ó cómo la habla?

CELAURO.

No hai cosa mas ciega
que un pobre amante: basta, aquesto basta.

LUPERCIO.

Prosigue buen Celauro, ya te creo.

CELAURO.

¿Habian de llamarte por ventura,
los dias ó las noches que se hablasen?

LUPERCIO.

ces, ciego estoi.

CELAURO.

Yo por tu gusto
endo el disgusto de este dia,
le á este necio que dejase
pretension.

LUPERCIO.

¿Qué mas hacias?

CELAURO.

almente ví que su criado
papel la hizo señas.

LUPERCIO.

¿Dónde?

CELAURO.

entana.

LUPERCIO.

Bien.

CELAURO.

Llegué y quitésele,
ndo á cobralle el dueño infame,
la pendencia.

LUPERCIO.

El papel muestra,
n viéndole no creo que es posible.

CELAURO.

le he visto yo.

LUPERCIO.

Celauro, escucha.
Este necio de Celauro (Lée.)
mi vida, me impide el verte,
mas hoy pienso con su muerte
gozar de esta empresa el lauro.
No llores que es sin provecho;
sino procúrame hablar,
si por vida del lunar
que cubre tu blanco pecho,

cuyo cabello sutil
es lazo de mi prision. (Deja de leer.)
No mas, no mas, señas son
de Fuljencia, infame y vil.
No leo mas sus concetos,
bastan estas señas ya,
que creo que las dará
de otros mayores secretos.
¡Ai de mí! verdad es todo,
notable seña, ¿qué dudo
porque saberla no pudo
sin gozarla de otro modo?
¡Ai Fuljencia, ai enemiga,
estas tus lágrimas son!
¡ai de mi sana intencion,
ai de mi antigua fatiga,
aí de diez años de amor
con tanta persecucion,
ai de mis obligaciones
fundadas en tanto error!
¿Tus señas otro hombre, otro hombre
de aquel cabello colgado
en que estuve aprisionado
con los yerros de tu nombre?
Tu lunar, ó luna á mengua
su viva color leonada
ya de tu infamia eclipsada,
y menguada de tu mengua.
¡O maldiga Dios mi boca,
que así celebró esa luna,
ese lunar, si otra alguna,
le jura, le besa y toca!
¡Malditas mis manos sean
que se dejaron atar
de ese cabello al lunar
en que otras manos se emplean!
Y mi desdicha tambien
sea maldita, enemiga,
pues á maldecir me obliga

lo que fué tode mi bien.
Yo te amé, yo te adoré,
yo estuve engañado así.

CELAURO.

¡O por Dios; vuelve ya en tí!

LUPERCIO.

Tarde ó nunca volveré.

CELAURO.

¿Ves como fuera mejor
dejarte estar con tu engaño?

LUPERCIO.

No entendí que el desengaño
viniera con tal rigor.
No entendí que una mujer
fuera tan mujer, Celauro.

CELAURO.

Hoi mi perdicion restauro; (ap.)
este la ha de aborrecer.

LUPERCIO.

Quédate aquí.

CELAURO.

No por Dios,
que querrás irla á matar.

LUPERCIO.

Bien se puede asegurar,
que hai una vida en los dos.

CELAURO.

Dame la palabra aquí
de no tocarla.

LUPERCIO.

Si haré.

CELAURO.

Jura.

LUPERCIO.

Por Dios y su fé.

CELAURO.

Otro juramento dí.

LUPERCIO.

Pues por vida de la lumbre
de estos ojos, que es Fuljencia.

CELAURO.

¿Juramento de conciencia
es ironía ó costumbre?

LUPERCIO.

Es que quiero asegurar
tu sospecha mal nacida,
que jurando por su vida
no se la quiero quitar.

CELAURO.

Vámonos, y tu amor sella
con que no vamos allá.

LUPERCIO.

No podrá el alma que está
abrasándose por vella.

CELAURO.

Entretenerte es mejor;
vamos á jugar.

LUPERCIO.

No puedo,
que de verla tengo miedo,
y de no verla mayor.

CELAURO.

¿Verla?

LUPERCIO.

Impórtame infinito.

CELAURO.

¿Eso Lupercio declara?

LUPERCIO.

Quiero ver si aquella cara
pudo hacer este delito. (Váse.)

ESCENA XVIII.

CELAURO, solo.

¿Hai entrañas de Leon
mas crueles que las mias,
veneno en aspides frias,
ni en Grecia mayor traicion?
¿Hai mas furia en el abismo?
no es posible, antes recelo
que no ha hecho cosa el cielo.
como yo, sino yo mismo.
Amor, que es tu pensamiento;
¿mas qué te pregunto yo
despues que el alma te dió
su razon y entendimiento?
Pues querérsela pedir,
en verme de mi distinto
ya estoi en el laberinto,
ó he de salir á morir. (Váse.)

ESCENA XIX.

SALA DE LA CASA DE LUPERCIO.

FULJENCIA, sola.

Cuanto, y con cuanta razon
arrogante debo estar;
júzguelo quien supo amar,
y tuvo satisfaccion.
Amo un hombre que es espejo
de hombres en talle y consejo,
con quien mil contentos gozo;
para mi regalo mozo,
y para mi honra viejo.
Galan, discreto, aseado,
limpio, apacible, animoso,

liberal, cuerdo, alentado;
de mi vida cuidadoso,
y de la suya olvidado.
Casado, aunque de secreto
conmigo, que fue el efeto
mas alto de voluntad,
cuando tuvo á su amistad
mi entendimiento sujeto.
Aunque á cual piedra tan dura
dos hijos no enternecieran
de tan notable hermosura,
que bastardos nunca hicieran
legítima mi ventura.
Cuantas hoi teneis amor,
tened envidia al favor
que el cielo en esto me ha hecho,
que fuera de él no sospecho
que puede haberle mayor;
y tú mi bien y mi dueño,
donde estás, que estás sin mí;
ya no te tengo en empeño,
ya eres mio, ya te dí
el alma en precio pequeño.
Ven á ver aquestos ojos
de tu víctima despojos,
en cuyas niñas retratas
el talle con que me matas,
y me dás celos y enojos.

ESCENA XX.

FULJENCIA y LUPERCIO tristísimo.

FULJENCIA.

¿Eres tú, señor? si el es,
dame esos brazos que adoro
porque en tu prision estés;
déjame asir el tesoro

de toda el alma interés.
Que cual suele el avariento
del cofre cada momento
sacar el oro y contallo,
no menos avaro hallo
contigo mi pensamiento.
Que aunque te tengo y poseo,
si mil veces no te toco,
si mil veces no te veo,
pienso que te tengo en poco
y que ya no te deseo.
Eres mi tesoro en quien,
las armas de su hacedor
se ven esculpidas bien;
¡ai qué es aquesto, señor,
qué enojo es este y desden!
vos el sombrero en los ojos,
vos los ojos en el suelo
que estos tienen por despojos,
decidme por Dios del cielo
si teneis conmigo enojos.
Mi bien, alma de esta vida,
¿qué os he dicho? ¿qué os he hecho?
¿No me hablais?

LUPERCIO.

¡Ah mujer finjida!
aspid que entraste en mi pecho
y estas en el alma asida.
Sanguijuela de mi honor,
que en él pegada has sacado
toda su sangre mejor,
fuego en nieve disfrazado
pensamiento de traidor.
Amigo vil que te alejas
en viendo pobreza y quejas,
vívora que concebí,
que para salir de mi
el pecho abierto me dejas.

Rayo que me has abrasado
dejando sano el vestido,
enemigo perdonado
ingrato que me has vendido,
y deudo que me has negado.
Enmascarada homicida,
calentura lenta asida
con tan tibio proceder,
que no se echando de ver
está acabando la vida.
Fuego secreto sin llama,
que nunca de abrasar cesa,
vil en obras, casta en fama,
arpía en mi alegre mesa
y Clitemnestra en mi cama.
Mujer de quien este ser
aun no quisiera tener;
mujer que tan mal viviste,
que por ser mujer quisiste
dejar de ser mi mujer.
Abreviemos de razones
sin hablar, sin preguntar
causas justas, ni ocasiones,
que esta daga ha de pasar
aqui tus dos corazones.
El mio que está en el tuyo
y el tuyo que está en el mio:
concluye, que aqui concluyo.

FULJENCIA.

Si eso es justo, señor mio,
matadme, aqui estoi, no huyo.
Pero si acaso no es justo
decidme vuestro disgusto,
mas esta réplica es fea,
que para que justo sea
basta ser de vuestro gusto.
Veis aqui el pecho, pasadle
de suerte que no toque y es

este inocente guardadle,
ó heridme si vos quereis,
ó por la herida sacadle.
Que os juro dulce señor,
que en mi vida os ofendí
si no es ofensa el amor,
que el quereros mas que á mi
me obligaba algun rigor.
Hoi salistes de mis brazos
porque casos tan siniestros,
quereis hacerlos pedazos
pudiendo hacer de los vuestros
á mi cuello estrechos lazos.
¿qué os han dicho mi señor,
dulce bien mio, y mi vida,
que con tanto desamor
me llamais vuestra homicida,
fé falsa, y paz de traidor?
que de que vos me mateis,
que soi vuestra humilde hechura,
ningun agravio me haceis,
siento por mas desventura
solo el ver que me afrenteis.
¿Queréismelo decir?

LUPERCIO.

Calla,
calla sierpe venenosa,
que entre la yerba se halla
flor de adelfa, araña en rosa,
con mas yerros que una malla.
No quieras saber lo que es,
que no habrá muerte decente.

FULJENCIA.

Alto señor, si asi es,
dejadme como inocente,
que me arrodille á esos pies.
Ya que todo se me niega
que cubrais mis ojos ruega

con una toca mi boca:
pero no ha menester toca
mujer que ha estado tan ciega.

LUPERCIO.

Que cubra me persuades
tus ojos, ó error profundo,
bien saben sus libiandades,
que no hai ya toca en el mundo
con que cubrir tus maldades,
esa toca es que me toca
matarte, y lavar mi honor,
y si á toca me provoca,
es para cegar á amor
que esta sentencia reboca.
Porque aunque es ciego, es de arte
este mi amoroso fuego
que para no perdonarte,
ha de estar dos veces ciego
porque una benda no es parte.

FULJENCIA.

Tres estamos á este fiéro
sacrificio prevenidos,
tú con el desnudo acero
hechos piedras los oidos
inecsorable y severo:
yo cual víctima inocente,
y el anjel que condolido
te está diciendo detente
en mis entrañas metido,
y á la ejecucion presente.
El te detenga, y Dios sea
en mi guarda. (*)

LUPERCIO.

¡Qué temor
me detiene que no vea
la venganza de mi honor,

(*) Va á darla con la daga y se detiene.

que es lo que el alma desea!
¡O amor, que en tener mi acero
como con alas estás!
eres anjel aunque fiero
basta que pudiste mas,
basta, obedecerte quiero.
y pues que nadie ha sabido,
que con esta estoi casado
¿qué obligacion me ha corrido,
que leyes me han obligado
de las que tiene un marido?
Alto, dejalla es mejor.
Ola Ríselo, Sabino.

ESCENA XXI.

LOS PRECEDENTES, SABINO Y RISELO.

RISELO.

¿Qué es lo que mandas señor?

LUPERCIO.

En lo que hacer determino
será replicarme error;
porque vive Dios si al hecho
que intento replica en nada
alguno, aunque sin provecho,
que la cruz de aquesta espada
le sirva muriendo al pecho.

SABINO.

¿Pues señor, qué ira es esta?

LUPERCIO.

Vaya no haya mas respuesta.
Traed á Esteban, y á Enrique.

FULJENCIA.

Ea, nadie le replique.

SABINO.

Trajedia ha sido la fiesta

ESCENA XXII.

LUPERCIO Y FULJENCIA.

FULJENCIA.

¿Y no podré yo saber
mi señor donde los llevan?

LUPERCIO.

Donde no los has de ver.

FULJENCIA.

Señor, Enrique, ¡ai! y Esteban,
partid con esta mujer.

LUPERCIO.

Ya no, que no lo eres mia.

FULJENCIA.

Mi bien, mi señor.

LUPERCIO.

Desvia.

FULJENCIA.

No son bienes gananciales.

LUPERCIO.

Los hijos no celestiales,
que el Cielo los dá y envia.

FULJENCIA.

Llevaos á Esteban señor.

LUPERCIO.

Aunque él mismo lo suplique,
vete, infamia de mi honor.

FULJENCIA.

Dejadme señor á Enrique,
que me costó mas dolor.
Dejádmele señor mio,
porque un retrato me quede
de esa cara, talle y brio,

que este, consolar me puede,
ya que os vais con tal desvio.

ESCENA XXIII.

LUPERCIO, FULJENCIA Y SABINO con los dos niños.

SABINO.

Aquí los niños están.

LUPERCIO.

Vente conmigo.

SABINO.

Yo iré.

FULJENCIA.

Espérate y me verán,
que verlos yo no podré
segun mis lágrimas van.
Hijos, yo soi la mujer
del mundo mas desdichada:
vuestra madre solia ser,
ya soi madrasta culpada
y que no os tengo de ver,
Si á caso vivis y á caso
sabeis por quien esto paso
vengadme de él hijos mios.

LUPERCIO.

Que notables desvarios
cuando en cólera me abraso:
quítalos de ahí.

FULJENCIA.

Señor,
ánjeles besadme.

LUPERCIO.

Suelta.

FULJENCIA.

¡A mi con tanto rigor!

LUPERCIO.

Suelta adúltera resuelta
en la infamia de mi honor.

FULJENCIA.

Gracias á Dios que ya sé
porque es aqueste castigo,
¿yo te he ofendido?

LUPERCIO.

Y no fué,
ese lunar mal testigo
del eclipse de tu fé.

FULJENCIA.

Pues oye.

LUPERCIO.

A un monte voi.

FULJENCIA.

Allá te quiero seguir.

LUPERCIO.

Matarete.

FULJENCIA.

Muerta estoi,
no he de volver á morir.

LUPERCIO.

Vuelvete.

FULJENCIA.

Señor.

LUPERCIO.

Detente
que aumentaré tu castigo.

FULJENCIA.

Hijos, hijos.

LUPERCIO.

¡A insolente!

FULJENCIA.

A Dios pongo por testigo
que estoi de culpa inocente.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

ACTO TERCERO.

DECORACION DE BOSQUE.

ESCENA PRIMERA.

FULJENCIA, sola.

erados pasos
llevais tan lejos de la muerte
s de varios casos,
te vida, pues mi triste suerte
pone en medio,
de hallar á tanto mal remedio.
ausa de todo,
io mio, donde vas huyendo
vertir el modo
e te van mis lágrimas siguiendo,
mis pies se quedan
pues no podrán cuando mas puedan.
gre parida
n el cazador los hijos lleva
os hijos la vida,
furiosa de la oculta cueva,
al agua á donde
a tierra y mar me los esconde.
a que camino
te monte en busca tuya ingrato,
ito desatino
e ninguna fiera me recato,
o puede haber fiera
uale tu crueldad, y tu carrera.
llevas tirano
edazos de mi sangre y vida,
tu propia mano
sido de las suyas patricida,

y en parte los desmiembra,
y cual Medea por la tierra siembra.
¡O que dura venganza,
ó que fiereza de hombre nunca vista!
y mas que la esperanza
por mas que á mis temores se resista
conoce que no puedo,
cobrar el bien de que desierta quedo.
Pues que tarda la muerte,
que no acaba una vida tan errada,
pues no hai cosa que acierte,
ni alguna en que no viva lastimada,
y en que tendrá esperanza
quien desea su mal, y aun mal no alcanza.
Posible es que no pueda
ya que el dolor no pueda el miedo grave
de esta áspera arboleda
tanto en mis fuerzas, que mi vida acabe;
quien dice que es flaqueza,
ni fué nuestra comun naturaleza.
¡Ai Dios que gran ruido!
si fuese alguna fiera rigurosa
como la que el vestido
de Tisbe hizo pedazos animosa,
que no haya miedo que entre
en otra cueva que su mismo vientre.

ESCENA II.

FULJENCIA, BELARDO, SIRENO Y FELICIO

BELARDO.

Par diez que se ha de comprar
el sayuelo y la basquiña,
aunque se venda la viña,
ó que no me he de casar.

FELICIO.

No digo que no, muchacho.

son, que sea conforme al dote.

BELARDO.

O pesar de mi capote;
ya decis que estoi borracho.
Voto al sol y á treinta soles
que han de ser las mas polidas.

FELICIO.

¿Há de irse todo en vestidos?
¿Somos por dicha españoles?

SIRENO.

Callad Felieio en buen hora,
dejad que su esposa vista.

FELICIO.

Que la vista, y la revista
que ya yo sé que la adora.
Y tambien sé que mereee
la muchaeha cualquier cosa,
que á la fé es limpia y hermosa.

SIRENO.

Pues si es eso que os pareee,
¿no es justo pese á mi sayo,
que se lo compre de seda?

FELICIO.

Ved lo que el demonio ordena.

BELARDO.

Vended mi buei.

FELICIO.

¿Cual?

BELARDO.

El bayo.

FELICIO.

Hai tal locura! ¡el bayuelo!
¡tal alhaja has de vender
para dar á una mujer
una basquiña y sayuelo?

BELARDO.

Pues bien ¿es el buen personal?
la comparacion es linda,
¿no me sirve mas Lozanda
qué cuesse, guisa y jabona?

SIMONO.

Y mas si es porque te ama
y tú la tienes amor.

BELARDO.

¿Si que un buen cura mejor
para acostalle en la cama?
Padre caminad, que hoi quiero
comprar cayuelo y faldilla,
el mejor que halle en la villa.

FRANCO.

Tú gastas bien tu dinero.

BELARDO.

En nuestro tiempo era bien
vestir las novias de paño:
sabed padre que este año
se muda el paño tambien.

FRANCO.

Pues bien haces si le mudas,
que al tiempo que yo gozaba
la virtud vestida andaba,
y las personas desnudas.
Ahora por la inquietud
con que se alteran las vidas
van las personas vestidas,
y desnuda la virtud.

SIMONO.

Dejaos de filosofias,

BELARDO.

Padre, padre yo no os quiero
aqui para consejero.

FRANCO.

No llegarás á mis dias.

BELARDO.

¿Pensais que son muchos daños?
plega á las desdichas mias
que no llegue á vuestros dias
y pase de vuestros años.

SIRENO.

Ola ¿quién vá por aqui?

FELICIO.

¡Ai Dios! ¿y qué puede ser?

FULJENCIA.

Soi una triste mujer
que por serlo me perdí.

BELARDO.

¡Vàlgame Dios! ¿de que suerte?

FULJENCIA.

Un hombre que me sacó
de mi casa, me dejó
aqui en manos de la muerte.
Robóme, y en la espesura
de esta montaña quedé,
donde hasta ahora no hallé
ni el lugar ni la ventura.
¿Cómo se llama esta aldea?

SIRENO.

La que veis es san German,
y por esta senda van
á Olavia y Claridea.

BELARDO.

Padre, ¿veis este vestido?

FELICIO.

Pues bien.

BELARDO.

Pues asi ha de ser.

FELICIO.

¿Quiéreste hechar á perder?

BELARDO.

No, padre, ya estoi perdido.
¿Sabréisme acaso decir,
dueña, de que Dios os mantenga
mientras vuestro amante venga
y en despues hasta morir,
qué os costó la ropa y saya?

FULJENCIA.

¿Para qué quereis sabello?

BELÁRDO.

No me va nada en ello
cuando sabido lo haya.
Porque sabed que me caso,
si no lo habeis por enojo,
y me ha venido en antojo
vestir la novia de raso.
Este buen viejo es mi padre,
gran hombre de mi desprecio;
pero sabed que es un necio
desde el vientre de su madre.
Diz que de paño no esceda
que la seda viste el rei,
y yo con vender un buei
hago una reina de seda;
querria saber de vos
á qué os llega saya y ropa.

FULJENCIA.

Mis desdichas van en popa,
¿qué te casas?

BELARDO.

Si par Dios.

FULJENCIA.

¿Sabes que es el casamiento?

BELARDO.

Un buen dia, cena y baile,
y aun sé que cierto fraile,
dijo que era Sacramento.

Pero lo que fuere sea
cuando el hombre tiene amor
nunca escoje lo mejor
que no hai ojos con que vea,
ya les rogaba yo allá
que me la diesen á cata.

FULJENCIA.

Ropa tendrás mas barata
y en fin la tienes acá.

BELARDO.

¿Cómo?

FULJENCIA.

Truécame el vestido
por alguno de sayal.

BELARDO.

Par Dios que sois liberal.

FULJENCIA.

Bien se ve en lo que he perdido.

BELARDO.

Venios conmigo, quedito
que os daré ropa y dinero,
que es este viejo un parlero.

FULJENCIA.

Vamos, hoi mi dicha imito.
Ya no hai temor que me rinda,
segura podré pasar.

BELARDO.

Par diobre que ha de quedar
hecha una reina Losinda.

ESCENA III.

FELICIO Y SIRENO.

FELICIO.

¿Fuese aquel, Sireno?

SIRENO.

Sí,
y se llevó la mujer.

FELICIO.

Verá el diablo.

SIRENO.

Es Lucifer.

FELICIO.

Asi cuando mozo fuí;
pero temo su salud
que aunque es la dama polida
asi sola y bien vestida
arguye poca virtud.

ESCENA IV.

LOS MISMOS, JERARDO Y SABINO.

JERARDO.

¿Qué me cuentas Sabino?

SABINO.

Lo que oyes.

JERARDO.

¡Hai tan estraño caso!

SABINO.

Yo te juro,
que le han llorado bien aquestos ojos.

FELICIO.

Jerardo es este el dueño de la hacienda;
retírate Sireno entre estos árboles
no nos llame baldíos, como suele.

SIRENO.

Vamos que trae pesadumbre y creo
que este paje chismoso le ha traido
algunas travesuras de Lupercio.

JERARDO.

¿No me dirás la causa que fué orijen
de aquesta desventura?

SABINO.

Tu dureza.

JERARDO.

No te piden Sabino mis desdichas,
que las resuelvas tanto.

SABINO.

Pues advierte.....

JERARDO.

Prosigue las ecseqaias de mi muerte.

SABINO.

Despues que de aquesta aldea
pasó Lupercio á la corte,
trocando en galas de hidalgo
las abarcas y el capote;
sacó el talle de la funda
mas gallardo, airoso y noble,
que jamas tuvo mancebo
de cuantos tiene el Piamonte.
Pusieron en él los ojos
muchas damas: pero viose
que el amor es accidente,
y que es gusto el que se escoje.
De todas amó á Fuljencia,
que era á su gusto conforme,
que parece á ser posible,
que las almas se conocen.
Mujer hermosa en estremo,
y bien nacida aunque pobre,
secreta en sus libertades,
y astuta en sus condiciones.
Desde el dia que Lapercio
comenzó á decille amores,
nació Lucrecia otra vez,
otra Porcia, y Penelope.
Comenzaron á quererse

creciendo amor desde entonces,
tanto que en otras es niño
y jigante en sus pasiones.
Diez veces dió vuelta Febo,
ó discurrieron diez soles
del Aries al Pez, y fueron
las lunas diez veces doce,
mientras preso amor le tiene,
que dicen que cuando coje,
abre una puerta de cera,
y cierra cuatro de bronce.
Nacieron de aqueste trato
dos niños como unas flores,
llámanse Esteban, y Enrique.
Permita Dios que se logren.
Lupercio viendo á los ojos
sus hijos y obligaciones,
ellos dos, y dos mil ellas
quiere que la deuda cobren.
Casose con gran secreto,
y cree que corresponde,
esto á ser noble y cristiano,
y lo contrario se opone.

JERARDO.

¿Qué se casó?

SABINO.

No lo dudes.

JERARDO.

Dime lo demas.

SABINO.

Casose,
y vivia mas contento
libre de tantos temores.
Pero como á las espaldas
del bien, siempre el mal se esconde
y el oro de la fortuna,
se gasta y descubre el cobre,
comenzó un infame amigo

á tratos desconformes:
de manera que á Lupercio
le dijo dos mil traiciones.
La última fué de suerte,
que el triste una triste noche
tomó sus hijos y fuese
por lo oculto de este monte.
Siguióle la triste dama,
mas no es posible que cobre
sus hijos, ni su esperanza,
ni ellos vuelvan, ni ella torne.
Yo que los iba siguiendo,
perdilos junto á la torre,
que esta montaña atalaya
dando suspiros y voces;
donde creo que ella ha muerto
por la maldad de aquel hombre,
y que Lupercio, y sus hijos....
¿lloras?

JERARDO.

¿No quieres que llore?
Parte Sabino otra vez,
llama mi jente y pastores,
lleva toda aquesta aldea
si no quieres que me arroje
de esta peña en este rio,
que de mis lágrimas corre:
ten lástima que estas canas
el suelo de yerba adornen.
¡Ai mis hijos!

SABINO.

Quiera el cielo
que los halle, y tu los goces.

ESCENA V.

JERARDO, solo.

Cuan mal lo que de él está

quieren impedir los hombres.
Como la fortuna es vidrio
cuando mas luce se rompe.
¡Ai Lupercio, ai hijo mio
pues te llamo y no respondes
ni habrá bien que no me falte,
ni habrá mal que no me sobre!

ESCENA VI.

JERARDO Y FULJENCIA, en traje de serrana.

FULJENCIA.

Si á la desdicha valiera
como la que yo he tenido
mudar el traje y vestido,
para que no conociera,
cuan libre de ella quedara
de la manera que voi,
pues apenas de quien soi
sola una parte declara.
Troqué el vestido ¡ai de mi
que hablaba sin ver que habia
quien escuchar me podia!
¡Jesus! cortesano aquí.
Pero este debe ser
el señor de aquesta hacienda
aun no sé si hablarle emprenda.

JERARDO.

¿Quien sois hija?

FULJENCIA.

Una mujer.

JERARDO.

¿Qué buscais?

FULJENCIA.

Dueño, señor,
que he perdido el que tenia

quizá porque le servia
con tal cuidado y amor.
Si vivis en esta aldea
servios de mi persona
que mi desdicha me abona
para que fiadora sea.
Que si me desamparais
segun mi tristeza es fuerte
luego me daré la muerte.

JERARDO.

¡Ai hija tan triste estais!

FULJENCIA.

No tengo igual en el mundo.

JERARDO.

Por triste quiero acojeros
Por consolarme de veros
triste en mi dolor profundo.

FULJENCIA.

¿Luego triste estais?

JERARDO.

Estoi
perdiendo á gran prisa el seso
del daño de un mal suceso.

FULJENCIA.

Sin duda á mi centro voi,
¿que daño os ha sucedido?

JERARDO.

He perdido un hijo honrado
por no haberle yo estimado,
ó no haberle merecido.
Y porque Dios me depare
lo que perdí, estoi contento
de daros acojimiento.

FULJENCIA.

El os le traiga, y ampare.
¿Es muy pequeño?

JERARDO.

Es ya hombre.

FULJENCIA.

¿ Como se pudo perder ?

JERARDO.

Por una mala mujer,
que tiemblo en decir su nombre.

FULJENCIA.

¿Era en aqueste lugar?

JERARDO.

No hija, en la villa fué
adonde yo le embarqué
para perderle en la mar.
Que si aqui en aquesta sierra
adonde yo le he criado
le hubiera siempre guardado
menos peligros encierra.

FULJENCIA.

¿ Cómo señor se llamaba?

JERARDO.

Lupercio.

FULJENCIA.

¡Válgame Dios!

JERARDO.

¿ Hija, conoceisle vos ?

FULJENCIA.

Si señor, con él estaba.

JERARDO.

¿ Cómo ?

FULJENCIA.

Servile diez años
alli en casa de Fuljencia,
y eso lloro en mi conciencia,
¡ai, ai!

JERARDO.

Sucesos estraños.

¿Qué le serviría?

FULGENCIO.

Pues no.

JERARDO.

Dice que se case con ella.

FULGENCIO.

Merecíaselo ella.

JERARDO.

¡Mi hija, que le engañó!

FULGENCIO.

Pasan de seis mil ducados
los que la renta tenía:
pero contadme hay más
sucesos tan desdichados.

JERARDO.

De aquí á casa, señor mío,
os diré cuanto ha pasado.

FULGENCIO.

Basta que al cielo han llegado
los suspiros que le envío:
sin este consuelo es Deva
por prenda suya también.

JERARDO.

¡Que este es padre de mi bien!
¡Quién cuanto le debo! (Vanse.)

ESCENA VII.

LUCRECIO, solo.

Asperos montes de inaccesibles breñas
por asilo, y al sol con vuestras llamas,
cuevas de lobos y leones canas,
de sierpes, basiliscos y venenas.
Cielo que con relámpagos y truenos

su intrincada maleza desenramas,
y por entre estos robles, y retamas,
quieres herir los infernales senos.
Aguas que despeñadas de la suerte,
que el llanto mio vais por campos rasos
que no hai estio que su yerba queme.
Si no es este camino de la muerte,
decidme ¿donde van tan tristes pasos,
que quien desea morir la vida teme?

ESCENA VIII.

LUPERCIO Y BELARDO con el vestido de FULJENCIA.

BELARDO.

¡Hase vido igual ventura,
que asi me diese un vestido
tan costoso, y tan polido!
todo este mundo es locura.
Losinda que sayal viste
de aquesta seda se agrada.
y estotra á seda enseñada
quiere sayal pardo y triste.
Esto ya es cosa entendida
y averiguado argumento,
y es que nadie está contento
del estado de su vida.
¡O cual se le ha de poner
Losinda aunque al viejo asombre!

LUPERCIO.

Quiero pedir á este hombre
si trae algo de comer.
¡Buen hombre!

BELARDO.

¡Válgame el cielo!
¿quién sois?

LUPERCIO.

Soi un peregrino
no temais, no hayais recelo.

BELARDO.

Que yo no tengo temor,
¿si habrá por adonde huya?
dígame por vida suya.
¿es ladron ó salteador?

LUPERCIO.

¿A ver aqueste vestido?

BELARDO.

El me le quiere quitar.

LUPERCIO.

¡Ai triste!

BELARDO.

No hai que mirar,
que en verdad que está polido
y que para no mentir
para una novia se ha hecho
mas viénele un poco estrecho,
y llevole á hacer abrir.

LUPERCIO.

¿Quien te dió villano infame
este vestido?

BELARDO.

¡Ai señor,
piedad!

LUPERCIO.

Qué piedad, traidor
sin que tu sangre derrame
¿que se ha hecho la mujer
á quien desnudaste?

BELARDO.

¡Ai triste!

LUPERCIO.

Di presto lo que la hiciste.

BELARDO.

Debímela de comer.

LUPERCIO.

Dí presto, ó aquesta espada
te hará otra lengua en el pecho.

BELARDO.

Ni la desnudé, ni he hecho
cosa que fuese agraviada,

LUPERCIO.

¿Pues cómo hubiste el vestido?

BELARDO.

Señor, un novillo overo
celoso, insufrible y fiero,
y de mi ganado huido,
la mató en esta sendeja,
y dos pastores y yo
luego al punto que espiró,
la llevamos á la igreja;
y á mi me cupo del hato
esto que veis.

LUPERCIO.

¡Que un novillo
la ha muerto!

BELARDO.

Entre este tomillo
la dió la vuelta del gato;
y aun en verdad que descierno
distintamente su mal,
que aqui ha de estar la señal
por donde la metió el cuerno.

LUPERCIO.

Suelta, maldígate Dios,
villano, vil, ignorante,
ó quitateme delante
porque haré si me replicas
lo que Hércules cuando Licas
de Deyanira su esposa

la camisa ponzoñosa
le trujo, y le dió en presente.

BELARDO.

Yo me iré tan brevemente
que su merced no lo vea;
¿que para tan poco sea?
¿que asi me deje engañar?
¿que este se me ha de quedar
con mi vestido? ¡hai tal cosa!
¿qué hará mi Losinda hermosa,
bañará en agua el jardin,
rosa, clavel y jazmin
de su rostro celestial?

LUPERCIO.

¡Hai pena y desdicha igual,
como lo que miro y toco!

BELARDO.

Basta que este haciendo el loco,
se queda con el vestido.

LUPERCIO.

Villano, ¿qué no eres ido?

BELARDO.

Esperad que voi por jente.

ESCENA IX.

LUPERCIO SOLO.

LUPERCIO.

Trae diez, trae doce, trae veinte
trae mil, trae el mundo todo,
porque ya yo estoi de modo
que no tengo que temer;
¡triste! ¿qué habemos de hacer
muerta aquella que solia
ser alma por quien vivia
este espíritu cansado?
que aunque es verdad que afrentado
di en venirme como loco

no la he querido tan poco,
que aunque me agravia la olvide,
¡ó cielos! venganza pide
la muerte de mi Fuljencia
por eso dadme paciencia,
ó quitadme el sentimiento;
toro feroz y sangriento,
que mueras corrido en coso
como mataste celoso
á quien yo no la dí muerte
siendo mi celo mas fuerte,
y el dueño de aquella ofensa
¡plega á Dios que en recompensa
de tu contrario vencido
bramando vayas huido
entre esta ciega espesura!
¡plega á Dios que la figura
en que eres signo del cielo,
caiga de su esfera al suelo,
y mil pedazos se haga!
¿qué habrá que me satisfaga
cielos, Fuljencia perdida?
¿para qué quiero la vida?
¿Hai alguno que la quiera,
no hai un áspid, una fiera
mas porque me desespero
no me agravio, pues que quiero?
¿qué pretendo que me mata?
¿No fue á mis obras ingrata?
¿pues que su muerte lamento?
¡Mas ai que sin fundamento,
di crédito á un falso amigo,
y sin parte, y sin testigo
quise pronunciar sentencia
contra la humilde Fuljencia,
porque no pudo agraviarme
la que por solo buscarme,
perdió la vida y la fama!
parece que aquesta rama

con sus brazos me convida
á que me quite la vida
arrojando un lazo en ella;
perdí mi Fuljencia bella,
perdí juntamente el alma:
¿pero que victoria y palma
saco de este mal consejo,
si mis tristes hijos dejo
en esta cueva escondidos,
adonde serán comidos
de algun oso, ó tigre fiero,
ó si aqui me desespero
la hambre podrá matallos?
mejor será sustentallos
de aquestas silvestres frutas,
y del agua de estas grutas
aspera, fria, y salubre
pasando esta vida pobre,
en penitencia que abone
el haber muerto á Fuljencia
si puede haber penitencia
que mi delito perdone.

ESCENA X

UPERCIO, BELARDO, FELICIO, SIRENO, ORSINDO, y PINARDO.

BELARDO.

Digo que me le quitó,
y que con el se me vá.

SIRENO.

¿No sabremos donde está?

BELARDO.

Entre estas ramas quedó.

ORSINDO.

Estos espesos castaños,

un ejército cubrieran.

LUPERCIO.

Estos villanos se alteran
para aumento de mis daños.
quiero del monte salir
con mis hijos al aldea,
que ellos son causa que sea
hoi mi enemigo el morir,
que si hijos no tuviera,
que son del alma pedazos,
ó los matara en mis brazos
ó entre sus brazos muriera. (Vase.)

ESCENA XI.

Los antedichos menos LUPERCIO.

PINARDO.

Pardiez Orsindo si el era
salteador no andaba á solas;
ya que bandera enarbolas
forme escuadron tu bandera.
No quede mozo ninguno
en san German que no venga.

FELICIO.

Como de esto aviso tenga
no creo que falte alguno.
Vendrá Peloro, Salicio,
Nemeroso, Alfesibeo,
Felinardo, Rosileo,
Pánfilo, Ergasto y Glaricio,
que cada cual por el cuerno
derriba al suelo un novillo.

BELARDO.

Pardiez que me maravillo
de vuestro engaño y gobierno,
Cuando este salteador

tenga tres hombres es todo.

ORSINDO.

Pues andemos de ese modo
todo el monte alrededor,
hasta que con él topemos.

PINARDO.

Orsindo ha dicho mui bien
¿viene Pinardo?

PINARDO.

Tambien,
seguidme todos.

ORSINDO.

Si haremos. (Vanse.)

ESCENA XI.

Decoracion de plaza de lugar, circundada de puertas de casas practicables.

LUPERCIO con sus hijos.

LUPERCIO.

Reliquias de aquel anjel que ya pisa
con su dorada planta las estrellas,
mirando aqueste llanto con su risa,
y los suspiros con que llego á ellas.
No os espanteis si os traigo tan aprisa
cubriendo de agua vuestras frentes bellas,
que no guarda mi vida mas la vuestra
en fortuna tan aspera y siniestra.
Hijos, estas pequeñas caserias
fueron de vuestro padre el nacimiento:
aqui gozé de mis primeros dias
libre del mal que en los presentes siento.
Todas aquestas huertas eran mias,
Y cuanto por aqui refresca el viento,
pues hoja sin ser mia no se mueve,
ni oveja arroyo de estos prados bebe.

Mi padre quiso que á la corte fuese
al apuntar de mi primero bozo,
y el cielo quiso que á Fuljencia viese
la madre vuestra y de mi honor destrozo
y el amor quiso que á un traidor creyese
libre y precipitado como mozo
para perder por tan ligera cosa
vosotros, vuestra madre, yo mi esposa.
Llamemos pues á ver si algun criado
de los que cuando está mi padre ausente
guardan su casa, nos dan un pan prestado
de limosna en la ocasion presente,
cual pródigo á sus puertas he llegado:
pero guardo ganado mui diferente;
que sois vosotros mis corderos tiernos
quejosos de mis ásperos gobiernos.
¡Ha de casa: ha gente honrada,
criados de buen señor! (*)

FULJENCIA dentro.

¿Quién está ahi?

LUPERCIO.

¡Qué furor!
puerta rica al fin cerrada.
¡Ah señora! ¿habrá por dicha
para dos niños y un padre,
si acaso habeis sido madre,
os mueve á ver su desdicha,
algun pedazo de pan?

FULJENCIA.

¿Hijos decís?

LUPERCIO.

Hijos digo
de madre muerta.

FULJENCIA.

¡ái amigo!

(*) Llama á la puerta de la casa del fondo.

¿son los que con vos están?

LUPERCIO.

Estos, mi señora, son.

ESCENA XII.

LUPERCIO, sus hijos y FULJENCIA con un panecillo.

FULJENCIA.

¡Cielos! ¿qué es esto que veo?

LUPERCIO.

¡Ai Dios, si es de mi deseo
esta sombra ó ilusion!
¿Esta no es Fulgencia? ¡cielos!
¿cómo en casa de mi padre?

FULJENCIA.

¡Hijos de mi alma!

LOS NIÑOS.

¡Madre!

FULJENCIA.

Suelta, traidor.

LUPERCIO.

Soltarélos;
y cree que me ha pesado
que sea tu vida cierta,
aunque creyéndote muerta
mil lágrimas he llorado;
muerta tú, pensó mi honra
estar soberbia y altiva,
pero aquí viéndote viva
vuelve á vivir mi deshonra.
Y pues con haberte visto
vuelvo á ver mi deshonor,
vanamente con mi amor
á tus maldades resisto.
¡Tú con mi padre! ¿tú aquí?

¿tú viva? ¿tú labradora?
¿tú en mi casa? ¿tú señora,
tú darme limosna á mí?
¿Qué puede querer tu pecho
que ahora á tu gusto cuadre,
sino deshonrar al padre
como al hijo, infame, has hecho?
Algun Sinon de su casa
á ella trujo esta joya,
como el caballo de Troya
que ya la enciende y abrasa.
Pues tus hijos bien ha sido
dártelos para que sean
los soldados que pelean,
y de tu vientre han salido.
Dá ese pan á esas harpias,
que bien será de dolor,
Podrán pelear mejor,
que ha que no comen tres dias;
que yo me vuelvo y quisiera
haber hallado la muerte
primero que hablarte y verte.

FULJENCIA.

¡Mi bien!

LUPERCIO.

Suelta.

FULJENCIA.

Espera. (*)

ESCENA XIII.

FULJENCIA y sus hijos.

FULJENCIA.

¿Hai entre los fieros Scitas,
Caribdes ó Lotofagos,

(*) Váse Lupercio apresuradamente.

ni en los abarímos lagos
erueldades mas inauditas?
¿hai hombre que quiera mas
ni que se parezca menos?
dime cifra de venenos,
¿dónde huyes? ¿dónde vás?
Pero vete donde quieras,
cazador acobardado,
pues mis hijos he cobrado
como tigre en tus riveras.
Anda, aborrece á Fuljencia,
si te ha cansado su trato,
que yo te prometo, ingrato,
que vuelvas á la querencia.
Huye, y dejame con ellos
que ya sospecho que vas,
villano, volviendo atrás
la cabeza para vellos.
Anda, pues que si no sabes
quien son en esta ocasion,
las llaves del alma son,
tú volverás por las llaves.
Hijos pues os he cobrado,
buen Lupercio, en vos me queda.

ESCENA XIV.

FULJENCIA, sus hijos y JERARDO.

JERARDO.

¿Que un perdido hallar no pueda
quien guarda tanto ganado?
¡Ai larga desdicha mia!
Tebandra, ¿qué haces aquí?

FULJENCIA.

A dar este pan salí
á un pobre que lo pedia.

JERARDO.

¿Quién son estos niños?

FULJENCIA.

Son
sus hijos que aquí ha dejado
por no caminar cargado.

JERARDO.

¡Qué Benjamin y Absalon!

FULJENCIA.

Son bonitos.

JERARDO.

Como un oro.

FULJENCIA.

A esta traza eran tus nietos.

JERARDO.

Si ellos eran tan perfetos
mayores pérdidas lloro.
¿A qué vá el padre á la córte?

FULJENCIA.

A ver si un deudo que tiene
le socorre.

JERARDO.

A tiempo viene
que mas que deudo le importe.
Avísame y le daré
por estos niños no mas
cincuenta escudos.

FULJENCIA.

Haras
como quien eres á fé.
Que es hombre que ha sido rico,
y de un traidor confiado
se vá triste y desterrado;
yo por él te lo suplico.

JERARDO.

Mayores cosas Tebandra,

son las que me has de pedir.

FRONCINA.

Y yo si tengo de servir
de hoy en mas diligencia.

JURADO.

Hija, aun pareciera
Laperrio, quiero casarme,
porque no tenga á heredarme
alguno que mal me quiera.
Y si tengo de escoger,
ya no he menester dinero:
mi gusto, Tebandra, quiero,
y tú has de ser mi muger.

FRONCINA.

Bésote, mi señor, las manos
por tan singular favor;
pero falame valor
y son pensamientos vanos.

JURADO.

Tebandra, para mis canas
esa virtud y gobierno
tienen valor casi eterno.

FRONCINA.

Damas habrá cortesanas
en quien hagas eleccion.

JURADO.

Tebandra, eleccion he hecho,
que tu noble y casto pecho
me ha robado el corazon.
Tú has de mandar esta hacienda,
tus hijos la heredarán.

FRONCINA.

No dice mal que aquí están.

JURADO.

Tú serás mi amada prenda.
Voi ahora ver si hai nueva

de aquel perdido, tu en tanto
guarda este secreto, cuanto
Tebandra á mi honor se deba:
que tu te verás señora
de esta casa. (Váse.)

FULJENCIA.
Dios te guarde.

ESCENA XV.

FULJENCIA y sus hijos.

¡Hay mas fortunas que aguarde!
¿Mas de qué me quejo ahora?
que antes me ha venido bien
para hacer un nuevo engaño,
que me ha enseñado mi daño
á hacer engaños tambien.
Yo quiero decir que sí
á este viejo en lo que intenta,
que ya se me representa
que engaño á Lupercio así.
Que como en torno de casa
por sus hijos ha de andar
oirá á todos publicar
como su padre se casa,
y sabiendo que es conmigo
ha de entrar por estas puertas,
donde las del alma abiertas
acojan su dulce amigo.
Vamos para que lo emprenda,
hijos, y tened consuelo,
que ya dice vuestro abuelo,
que habeis de heredar su hacienda. (*)

(*) Se vá con los niños.

ESCENA XVI.

DECORACION DE BOSQUE.

SIRENO, FELICIO, PINARDO con CELAURO herido, ayudándole á andar, y BELARDO con la espada.

FELICIO.

Andad amigo.

CELAURO.

No puedo.
que es esta herida mortal,
y la causa de mi mal
la que me da mayor miedo.
tengo á Dios mui ofendido,
y así para el mal que siento
os tomo por instrumento.

BELARDO.

Dad acá luego el vestido.

CELAURO.

¿Qué vestido?

BELARDO.

El que hoi aquí
ruin hombre me habeis tomado.

CELAURO.

En este punto he llegado
de la ciudad.

SIRENO.

Eso sí;
estais cercano á la muerte,
y negais lo que es verdad.

CELAURO.

Tened pastores piedad,
de mi mal áspero, y fuerte.

Mirad que es grande rigor
acabadme de matar.

BELARDO.

Luego quereisme negar,
que no sois el salteador.

CELAURO.

¿Yo salteador?

BELARDO.

El que ahora
un vestido me ha robado.

CELAURO.

Soi un caballero honrado,
que en la ciudad vive y mora.
Que en busca de una mujer
voi por el mundo perdido.

BELARDO.

Dad acá luego el vestido.

FELICIO.

Que te engañes puede ser.
Mira bien hijo Belardo
si es él quien te lo tomó.

BELARDO.

Voto al sol. que me quitó
hasta el capotillo pardo.

CELAURO.

Mira hermano que te engañas
que soi caballero noble.

BELARDO.

O que os cuelgen de ese roble
para que perdais las mañas.

PINARDO.

Tu no sabes bien que es él.

BELARDO.

Como que vos sois Pinardo.

PINARDO.

¿Pues qué aguardais, ó qué aguardo?

nuestra Sirena es cuidel.

FRANCO.

No le alcanzaré por mas mal
si no matase en esa mano.

BELLANO.

Pero, soberbio se hace,
hoy es de su nacimiento el dia,
aqui amo quedaremos
donde fuere, o donde fuere
se han de matar.

SIRENO.

Quiero
darle el castigo.

BELLANO.

No hay mas
vino á mi casa Sireno
que de la de comer un lobo. [*]

FRANCO.

Aqui pagaremos el vino
enhorabuena de engorda fiera.

FRANCO.

Hasta mejor es cosa
dejar adonde quiera
el vestido.

BELLANO.

Aqui entremos
dentro.

CLARINA.

Mi desdicha mal.

SIRENO.

Vamonos luego al alcázar,
y mañana á nuestra nave.

FRANCO.

Clarina pues.

Le asia á su cabel.

BELARDO.

Ese ramo
quiero que tu horca sea.

PINARDO.

Pardiobre con ella alinda.

SIRENO.

Y aun poco castigo ha sido.

BELARCO.

A él le mata el vestido,
y á mi el amor de Losinda. (*)

ESCENA XVII.

CELAURO, solo.

Fábricas de la tierra, polvo, nada,
vano mortal, caduco fundamento,
espéranzas de viento, que en el viento
parais al fin, en fin de la jornada
máquina de soberbia levantada.
En las del loco pensamiento,
razon dormida, ciego entendimiento
señora, voluntad desenfrenada.
Y caro corazon, Faetonte pecho,
que cara á cara el sol miró la suya
hoy nuestro laberinto se ha deshecho.
O justo juez quien mirara la tuya
ya de la muerte llega el paso estrecho
piedad señor que no hai adonde huya.

ESCENA XVIII.

CELAURO Y LUPERCIO.

LUPERCIO.

Que sirve huir de lo que voi siguiend

(*) Vanse dejándole atado.

porque aborrezco lo que mas adoro,
que me finjo contento cuando lloro?
¿Y porqué sano, si me estoi muriendo?
¿Porqué; si soi culpado reprehendo?
Si pobre soi, ¿por qué desprecio el oro,
busco mi honor, y pierdo mi decoro,
y si vencido estoi, vencer pretendo?
¿Por qué de lo que busco, mas me alejo
y huyo de gozarlo si lo toco?
y si sé que es mi bien, ¿por qué me engaño?
y si lo tengo ya, ¿por qué lo dejo?
Debe de ser, porque el amor es loco
y cansado del bien procura el daño.

CELAURO.

¡A caballero!

LUPERCIO.

¿Quién se queja?

CELAURO.

Un hombre
casi en el mortal tránsito.

LUPERCIO.

¡O que lástima,
válgame Dios! ¿qué es esto?

CELAURO.

¡Cielo santo!
¿Es Lupercio?

LUPERCIO.

¿Es Celauro?

CELAURO.

Soi el mismo.

LUPERCIO.

Abrazame querido hermano mio,
y dime la ocasion de tu desdicha.

CELAURO.

Desvíate de mí.

LUPERCIO.

¿Porqué, Celauro?

¿Qué tienes tu para que yo me aparte?
aguarda amigo, y con aqueste lienzo.
te limpiaré la sangre.

CELAURO.

No la limpies
sino quieres beberla aunque es mas justo
que te vengues de mi con ir corriendo
desde mi boca hasta tus pies. (*)

LUPERCIO.

¿Qué dices,
he sido por ventura yo la causa
de estas heridas por buscarme?

CELAURO.

El cielo
quiere que tenga vida hasta que sepas
como por causa tuya me castiga.

LUPERCIO.

¡Por causa mia!

CELAURO.

Escucha atentamente,
que quiere Dios que la verdad te cuente.
Sin saber que era tu esposa
la desdichada Fuljencia
en ella puse los ojos
y el corazon puse en ella.
Descubrile mis deseos:
pero su honrada vergüenza
me arrojó de sí mas facil,
que el arco arroja las flechas.
Yo con la de amor herido
con celos quise vencerla
llevándote á hablar la dama
que fué mi hermana Leonela.
Hice que te oyese y viese
pero puse al fuego leña

(*) Lo desata.

volviéndose contra mí
las mismas armas secretas.
Despues finjí lo que sabes,
Lupercio de Octavio y de ella,
Octavio que de mi hermana
goza y merece sus prendas.
Porque en su vida la vió,
que de la carta las señas
mi hermana me las contaba,
que fué quien durmió con ella.
Cuando vi que te seguia
por estos bosques y peñas,
vine tras ella pensando
hacer á Fuljencia fuerza.
Pero en lo bajo que cubren
retamas, brezos y adelfas,
me toparon seis villanos,
dijera mejor seis fieras:
y pidiéndome un vestido,
con cayados y con piedras,
llamándome salteador
me han puesto de esta manera.

LUPERCIO.

¡Ai de mí triste! ¿Celauro
que es posible que tu seas
la causa de esta desdicha
y la ocasion de las nuestras?
¿Qué tu me hiciste el engaño
que tanta pena me cuesta?

CELAURO.

Yo soi, Lupercio piadoso,
y así mi maldad te ruega
desnudes aquesa espada
y me atravieses con ella.
para que muerto á tus manos
tu mismo vengues tu ofensa.

LUPERCIO.

Celauro, yo no soi hombre

de los que en muertos se vengan,
sino de los que perdonan
á quien su maldad confiesa.
Tú has causado mi deshonra,
y yo tu muerte, aunque fuera
mejor escusar, la causa.

CELAURO.

¡Tú mi muerte ó gloria inmensa!
¿Cómo señor, como amigo,
para que salga contenta
el alma que te ha ofendido
en ver que á tus manos muera?

LUPERCIO.

Ese vestido, Celauro,
que fué de la triste Fuljencia,
que le llevaba á la villa
un villano de la aldea,
quitésele yo pensando
consolarme con sus prendas;
y el ha juntado esta jente,
hijos de este monte y sierra,
que teniéndote por mí
te han dado muerte.

CELAURO.

Yo era,
Lupercio, el que la merecia
la muerte que ya se acerca;
y pues lo permite Dios,
llévame á donde merezca
decirle esta culpa y otras.

LUPERCIO.

Ven, que mis hombros te llevan,
Dios sabe con que piedad
soi de tu desdicha Eneas.

CELAURO.

Eres noble, aun no conoces,
la carga infame que llevas. (Vánse.)

ESCENA XX.

SALA DE LA CASA DE JERARDO.

LEONELA, OCTAVIO de camino y JERARDO.

JERARDO.

De que honreis aquesta casa
estoi contento en estremo

OCTAVIO.

Antes enojarla temo
viendo lo que en ella pasa;
que me han dicho que os casais
y estará ocupada toda.

JERARDO.

Antes la casa y la boda
en esta ocasion honrais.
Porque segun es secreta,
hacer padrinos queria
á los que en mi casería
está mi hacienda sujeta,
que son dos viejos honrados;
pero pues habeis venido,
sereis padrinos, que ha sido
ventura de mis cuidados.
Y pues solo vais á ver
de vuestra hacienda el agravio,
ó el aumento, amigo Octavio,
con vuestra hermosa mujer,
deteneos aquí dos dias.

OCTAVIO.

¿Qué dices, Leonela?

LEONELA.

Digo
que obedecer tal amigo,
son honras vuestras y mias.
Apadrinemos su boda.

JERARDO.

Ola, sacadnos asientos.

ESCENA XXI.

Dichos y FULJENCIA.

FULJENCIA.

¿Con qué estraños pensamientos
este engaño se acomoda?

LEONELA.

¿Es la novia?

FULJENCIA.

Soi señora,
vuestra esclava.

OCTAVIO.

Gran presencia.

LEONELA.

Fuljencia, amiga Fuljencia.

FULJENCIA.

Calla mi Leonela ahora,
y advierte al oido.

LEONELA.

Dí.

OCTAVIO.

A fé que es la novia hermosa.

JERARDO.

Sentaos mi querida esposa,
y sentaos vos junto á mí. (Siéntanse.)

ESCENA XXII.

Los precedentes y PINARDO.

PINARDO.

Pardios, nuesamo, que me pesa mucho
de traeros acá tan tristes nuevas,

y en dia de tan alto regocijo.

JERARDO.

¿Qué nuevas dices?

PINARDO.

Que Lupercio es muerto
á manos de unos fieros labradores,
que por salteador en este monte
le mataron con palos y con piedras,
y un hombre hasta el lugar le trujo en hombros.

JERARDO.

Mísero yo ¿qué escucho?

FULJENCIA.

¡O triste nueva!
á fuera finjimientos y disfraces,
á fuera enredos, ¡ai de ti Fuljencia!
Fuljencia soi, Lupercio fue mi esposo,
muerto Lupercio, ya Fuljencia es muerta,
Jerardo, ingrato padre de mi gloria,
esos niños que veis, son nietos tuyos,
mira por ellos, sirvelos de padre
mas noble que lo has sido de Lupercio,
en tanto que el cuchillo de este estuche
pase este pecho, y abre puerta al alma.

JERARDO.

Tenedla amigos, jente de mi hacienda,
salid todos aqui, tenedla todos.

ESCENA XXIII.

Los mismos, BELARDO, SIRENO Y ORSINDO.

JERARDO.

Hija, ya que me falta mi Lupercio,
no pierda yo tu alegre compañia:
serás mi hija, heredarás mi hacienda,
sus hijos son mis nietos.

OCTAVIO.

¡Ha! desdicha,

que con esta Leonela se compare!
¡á señora Fuljencia!

LEONELA.

¡A mi Fuljencia!

FULJENCIA.

Dejadme perros, que Lupercio es muerto;
furia soi, ya no soi Fuljencia, á fuera.

JERARDO.

Hija de mis entrañas, no te mates.

ESCENA XXIV.

Los anteriores y SABINO.

SABINO.

Albricias, mi señor.

JERARDO.

¡O mi Sabino!
¿Qué albricias puede haber, Lupercio muerto?

SABINO.

Lupercio vive, y viene á toda prisa,
á remediar la culpa que cometes
en que con su mujer quieres casarte.

JERARDO.

¡Lupercio vive!

FULJENCIA.

¡Ai Dios!

SABINO.

Lupercio vive,
que el herido es Celauro, y le han curado
y no son las heridas de peligro.

LEONELA.

¡Celauro herido, ai triste que es mi hermano!

SABINO.

No tengais pena, que no son heridas
de peligro cual digo.

OCTAVIO.

A verle vamos.

SABINO.

Esperad que traerle á casa quieren.

ESCENA XXV.

Los referidos y LUPERCIO desatinado

LUPERCIO.

Si no fueras padre ingrato,
mi padre en esta ocasion,
tomara satisfaccion
de la maldad de tu trato.
¿En qué lei cristiana ó mora
se usa que pueda ser,
casarte con mi mujer
como lo intentas ahora?

JERARDO.

¡Hijo mio!

FULJENCIA.

Esposo amado.

LUPERCIO.

Desvia falsa, engañosa.

FULJENCIA.

Fue esta boda fabulosa
para darte algun cuidado.
Tu padre con ignorancia,
y yo por traerte aqui,
lo habemos trazado asi
que no hai cosa de importancia.

JERARDO.

¿De esta manera yo soi
el engañado?

FULJENCIA.

Es forzoso.

JERARDO.

Pues quiero ser el quejoso,
que al fin de los dos estoi.

FULJENCIA.

No harás, que los dos aqui
nos echamos á tus pies
para que perdon nos des.

JERARDO.

¡A un viejo engañar asi!

LUPERCIO.

Ea señor, que aqui es justo
adviertas si justo ha sido,
que haya á Fuljencia querido.

JERARDO.

Hoi alabo tu buen gusto.
Tu disculpa y mi perdon
llegan juntos, y las nuevas
de tu vida.

LUPERCIO.

Que me debas
la de tu hermano es razon;
yo te contaré el suceso.

LEONELA.

Estoi, Lupercio, sin mí.

ESCENA ULTIMA.

Dichos y FELICIO con los niños.

FELICIO.

Los niños están aqui.

LUPERCIO.

O mi Enrique, dadme un beso.

JERARDO.

Suelta, que estos ya no son
tus hijos.

LUPERCIO.

¿Pues cuyos?

JERARDO.

Mios,
porque no aprendan tus brios.

LUPERCIO.

Echales tu bendicion.

JERARDO.

Desde ahora los señalo
mil ducados de alimentos,
y á vos por los finjimientos,
dos mil sin algun regalo.
Doi quinientos á Sabino
con mi criada Armelinda.

FELICIO.

¿Y á Belardo con Losinda?

JERARDO.

De la boda el pan y el vino,
que hoi es dia en que restauro
mis hijos.

FULJENCIA.

Todos te alaban.

LUPERCIO.

Aqui Senado se acaban,
los enredos de Celauro.

FIN.